

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

gladiolos para un asesino

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



KELLTOM MCINTIRE

GLADIOLOS PARA UN ASESINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 422

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 12.593 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1970

© KELLTOM McINTIRE, 1970
sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.030 — ¿Qué pasó con Guss Devening?

CAPÍTULO PRIMERO

Todo aquel lío empezó de la forma más extraña que a ningún loco pudiera ocurrírsele.

Yo había pasado tres largos años en prisión. La cosa es bien fácil de explicar, para mí al menos. A estas alturas, no me avergüenza confesarlo.

Un día me emborraché con algunos conocidos. Durante toda la noche corrimos de club en club, y de madrugada recalamos en aquella taberna del barrio francés.

Los vapores del alcohol y el alucinante ritmo del *hot jazz* que se escuchaba en todas partes debieron calentarnos los sesos, porque cuando nos vimos con los bolsillos vacíos, sin posibilidad de continuar la juerga, la puerca idea surgió por sí sola.

Estábamos apoyados en la barra de aquella típica taberna situada en Du Maine Street, cuando el barman abrió la caja registradora y los apretados billetes saltaron fuera.

—Escuche, amigo. Tomaré cincuenta dólares. Sólo es un préstamo hasta final de semana. Se lo devolveré, seguro.

A aquel hombre no le gustó la idea y trató de arrebatarme los billetes de un zarpazo. Lástima, porque yo tenía la sangre caliente por el exceso de alcohol y le largué un puñetazo.

Nunca debió ocurrírseme aquello, porque el golpe que le largué al infeliz barman tuvo el mismo efecto que el disparo que da la salida en las carreras de Indianápolis.

Mis compañeros comenzaron a sacudir puñetazos a todo bicho viviente que se cruzaba en el camino de sus puños, y unos minutos después la taberna era lo más parecido a un *saloon* del Oeste en plena juerga vaquera.

Las sillas se desmenuzaban como palillos de dientes en las testas de los clientes de la taberna, las botellas volaban por el aire manchando de licor las paredes y todo el mundo peleaba.

Por el rabillo del ojo vi cómo Buddy aprovechaba la distracción para meter su mano en la caja.

No dejó un centavo, lo vi muy bien.

Atropelladamente, Buddy sacaba los billetes a puñados y se los guardaba en los bolsillos de cualquier manera.

Fui a protestar y traté de deslizarme hasta él sin desasirme de la barra. Buddy me empujó por el pecho y estuve a punto de caer. Ya iba a saltar sobre él, impulsado por la rabia y la cólera, cuando alguien puso ante mis narices una copa de coñac.

La tomé en mi mano y la apuré de un tirón.

Al parecer, aquella copa colmaba mi medida, porque un segundo después sentí que el mundo giraba en torno de mí, vacilé sobre mis largas piernas y me derrumbé.

Cuando desperté dos horas más tarde, merced al cubo de agua fría que acababan de verter, sin delicadeza, sobre mi cara, me encontraba en el precinto policíaco.

Nunca se me olvidará la expresión aviesa del teniente Burley. Me miraba fijamente, brillándole mucho los sagaces ojillos negros. Giró el foco hasta que la luz hirió mis ojos y comenzó a ladrar sus preguntas:

—Conteste, ¿cuál es su nombre?

Todavía me encontraba mareado, a pesar de lo cual intenté poner en orden mis ideas.

—Supongo que ya lo saben de sobras, teniente. Tengo mi documentación en regla y me resulta difícil pensar que no me han registrado hasta los calcetines mientras permanecía inconsciente.

—¡¡Conteste!!...

Sentía la garganta reseca y encontraba dificultades para articular las palabras. Tragué saliva, pensando que nada hubiera aclarado mejor mi garganta que un trago de ginebra.

Pero el teniente Burley no me había llevado al precinto con la intención de invitarme a un *cocktail-party*. Seguro.

De modo que contesté con voz estrepajosa:

—Me llamo John LeRoy Du Maurier.

—Un nombre demasiado largo y altisonante para un sinvergüenza, LeRoy.

El comentario de Burley no me hizo maldita la gracia, pero consideré que en el precinto policíaco me encontraba en

inferioridad de condiciones y opté por mostrarme humilde.

—Escuche, LeRoy: Vicent Smith ha presentado una denuncia en regla contra usted. Le acusa de haber robado todo el dinero que contenía su caja. Además, habrá de responder de un delito de escándalo público, con la consiguiente indemnización por los daños causados al local.

Mi humildad se terminó bien pronto. Aquello era demasiado y no pude evitar el estallido:

—¡Al cuerno con ese Smith, teniente! No es cierto lo que dice... Confieso que estaba borracho y me excedí, tomando cincuenta dólares que se escurrieron fuera de la caja. Recuerdo que le dije que lo tomaba solamente en calidad de préstamo.

Ignoro qué pude decir para hacer reír de aquella forma al teniente Burley.

El caso es que rió a carcajadas hasta amenazar con reventar, víctima de una apoplejía.

De repente cesó su risa, y sus ojos se empequeñecieron. Luego se acercó tanto a mí que su nariz casi rozó la mía.

—Un préstamo, ¿eh? ¡Robó todo el dinero de la caja, LeRoy! ¡¡Todo!!

Estaba cansándome ya. No soy un cínico ni un caradura, «cualidades» de las que se me ha acusado a menudo. La fuerte luz del foco me obligaba a lagrimear constantemente, y el sudor resbalaba por mis mejillas.

—Escúcheme, teniente. No soy un criminal y si he cometido un delito, no voy a negarlo. Pero..., ¡aparte ese maldito foco de mis ojos!

Me miró, furioso, pero atendió mi petición. Y volvió a la carga, impertérrito:

—Entonces, ¿es cierto que robó la caja a Vicent Smith, el dueño de la Black Tavern?

—¡No, no y no...! Voy a decirle lo que ocurrió. Anoche me reuní con unos cuantos tipos revoltosos en un bar. Comenzamos a charlar y bebimos durante toda la noche. Todo se echó a perder cuando se nos terminó el dinero: no nos resignamos a dar fin a la juerga, y ante mis ojos saltaron varios billetes grandes, de la caja de ése... Smith. Tomé varios billetes, por un total de cincuenta dólares, sin saber lo que hacía. Luego..., Smith me sacó de quicio y le largué un

puñetazo. Sí, sé que estuvo mal, teniente. Aquello prendió la pólvora. Todos pelearon entre sí, y Buddy se aprovechó para meter mano en la caja.

—¿Buddy? ¿Quién es Buddy?

—Buddy Flanagan, un tipo con el que tropecé anoche. Me contó toda su vida y nos hicimos amigos eventuales. Pero no me gustó su forma de actuar cuando se aproveché del tumulto que se formó en Black Tavern. Fui a decírselo, pero alguien me ofreció una copa, me mareé y... hasta aquí.

El teniente Burley estaba sonriendo de una forma que no me gustó. Pero peor fue lo que me dijo a continuación:

—Smith ha denunciado un robo de mil doscientos dólares, LeRoy. Dudo mucho que el fiscal del distrito de crédito a esa historia de *Las mil y una noches* que acaba de contarme.

No estaba bromeando. Y he de reconocer que a mí también me hubiera parecido un cuento chino, si alguien me hubiera contado algo semejante.

—No le interrogaré más, LeRoy. Pero le aseguro que se ha metido en un buen lío. Será mejor que se abstenga de beber en lo sucesivo.

Estuve a punto de mandarlo al... al cuerno. Pero, por desgracia, el teniente Burley no se equivocaba.

Aquella misma mañana fui trasladado a la prisión, y quince días más tarde comparecía a juicio.

Sólo la circunstancia de que en el registro no apareciesen antecedentes penales a nombre de John LeRoy Du Maurier me salvó de cumplir los doce años de presidio que el fiscal solicitó en sus conclusiones.

A pesar de lo cual, me sentí desesperado al escuchar la sentencia, pronunciada por el juez con voz gangosa:

—John LeRoy Du Maurier, este tribunal le condena a cumplir seis años de presidio por los delitos de agresión, robo y escándalo público. La sentencia será firme a partir de hoy mismo.

Creí que la tierra se abría para pulverizarme, para convertirme en algo deleznable, cuando el significado de aquellas palabras saltó en mí.

Cuando dos policías me devolvieron a la prisión, la idea de que nunca volvería a ser un ciudadano normal me desquició.

Unos días después me trasladaron a la penitenciaría del Estado, en la que habría de cumplir condena.

Pronto, sin embargo, mi ánimo resurgió. Comprendí que aquélla podía ser la más interesante experiencia de mi vida y me dispuse a pasar el mal trago con el mejor humor posible.

En la prisión aprendí muchas cosas. Comprendí, por ejemplo, que en la cárcel no están todos los sinvergüenzas del mundo, entre otras experiencias altamente aleccionadoras. Y procuré no incorporar a mi carácter los mil vicios que la prisión puede enseñar a las personas de escasa voluntad.

Reconozco que pensé algunas veces en Buddy Flanagan y no para alabarle, precisamente. Todo su árbol genealógico fue citado por mí, empleando los tacos más floridos de toda la jerga penitenciaria.

Trabajé en la lavandería de la prisión, y alcancé cierto prestigio como humorista y tipo de confianza, tanto entre los funcionarios como entre mis compañeros.

Unos meses más tarde, todos me llamaban
Long-John

para ahorrarse gastar saliva en la pronunciación de mi largo nombre. Supongo que me cargaron con aquel apodo refiriéndose de una forma incorrecta a mi elevada estatura.

Tres años transcurrieron lentamente.

Fue entonces cuando conocí a Edward Mannery.

Ted formaba parte de la asociación denominada ACVIP (Asociación de Caballeros Visitadores de Presos), que realizaba una obra humanitaria, realizando visitas a la penitenciaría de forma regular.

A Ted le gustó mi sinceridad, mi desparpajo y mi charlatanería.

No me importó contestar a sus preguntas sobre mi delito, condena y profesión, y se interesó vivamente al saber que había trabajado en las oficinas de una importante empresa de Nueva Orleans.

A la segunda visita de Ted, nos habíamos convertido en grandes amigos. Y le confíé mis inquietudes:

—Temo que no me concedan la libertad bajo palabra, señor Mannery. Aunque he observado buena conducta durante estos tres años, no tengo familia. No sé cómo conseguiré un empleo.

—Arreglaremos eso, muchacho —dijo Ted—. Confía en mí. Hablaré con el alcaide, míster Zanub.

Eso fue todo. No volvimos a vernos hasta el día en que míster Harold Zanub, el alcaide, me llamó a su despacho.

Junto a él, desenvuelto y cordial, estaba sentado Ted Mannery. Le saludé amistosamente y aguardé.

—La Junta de Libertad de la penitenciaría ha acordado concederle la libertad bajo palabra, John LeRoy. El señor Mannery se ha prestado a ser su patrocinador. Dentro de unos días será excarcelado.

Así que era cierto: por fin iba a poder ver la calle, las siluetas de las chicas, el cielo sin rejas. Noté que se me formaba un nudo en la garganta y carraspeé, desconcertado.

Mi torpe lengua se enreda a menudo, sobre todo cuando me siento intensamente emocionado.

Así que comencé a balbucear algo sin sentido. En fin, las frases que salieron de mis labios sólo fueron un conjunto de sonidos absurdos, difícilmente interpretables.

Solamente una frase salió claramente audible de mi boca:

—Gracias, señor Mannery.

CAPÍTULO II

Tres días más tarde fui puesto en libertad.

Ted Mannery estaba a la puerta, esperándome dentro de su «Ford-Cortina».

«Ajá —me dije—. Mi patrón debe apalear los dólares a juzgar por su imponente “carro”».

Ted salió a mi encuentro y me saludó con sencillez, estrechando fuertemente mi mano.

—Hola, LeRoy. Venga conmigo, está empezando a llover.

No hablé en la primera parte de nuestro trayecto hasta Nueva Orleáns.

Me sentía contento, íntimamente satisfecho por haber logrado mi libertad. Y sin embargo, todavía existían algunas preocupaciones en mi horizonte mental.

No tenía dinero, ni amigos, ni trabajo. Y dudaba de que alguien estuviese dispuesto a ofrecerme un empleo.

Soy un hombre costoso. Mido seis pies y ocho pulgadas y peso muy cerca de las doscientas libras, aunque mi cuerpo es magro y mi presencia aceptable. Pero como con una voracidad terrible, y... comer cuesta dinero, buenos dólares de los que yo no disponía.

Como un ángel protector con cachimba y sombrero flexible, Ted Mannery se encargó de allanar todas mis dificultades. Me tuteó enseguida, sin dificultad, a cambio de que yo lo hiciese también.

—Trabajarás en mi oficina, LeRoy. Soy detective privado y mi trabajo abunda, excesivamente quizá.

Encendí un cigarrillo y sonreí, ahuyentadas las preocupaciones.

—Llámame

Long-John,

Ted. Me acostumbré a que me llamasen así en la prisión.

—Okay,

Long-John.

Realizarás algunos trabajos administrativos en la oficina y otras gestiones que yo te indicaré. Te pagaré un sueldo de acuerdo con tu capacidad, y podrás dormir allí mismo. Hay una cama, donde dormía antes yo mismo. Ahora tengo un apartamento, muy cómodo, ya lo verás.

Ted Mannery era una joya de hombre. Cordial, humorista, buen sabueso y... humano.

Si me preguntasen por qué Ted se preocupó de un tipo como yo, diría que solamente por humanidad, por un sentido puro de lo que significa tender una mano abierta, amiga.

Ted le había tomado el pulso a la vida y conocía mucho acerca de desgracias, miserias y corrupción. Y, como contrapartida, tenía capacidad para hacer el bien y lo hacía, sin esperar nada a cambio.

En cualquier caso, Ted Mannery hizo tantas cosas buenas por mí, que siempre le estaré agradecido.

—Te gustará Susan. Es mi secretaria. La chica más capacitada y eficiente que he tenido en mi oficina. No le hables de ello,

Long-John,

pero sé que está tratando de llevarme a la vicaría... Dudo que lo consiga, aunque cuando la veas, estarás de acuerdo conmigo en que si soy capaz de resistir a sus trampas me merezco un monumento.

A pesar de sus «buenos propósitos», Ted claudicó unos meses más tarde. Es decir, el Gorrión, como yo llamé enseguida a Susan Wind, consiguió más. Y decidieron casarse.

Susan apenas llegaba a los cinco pies de estatura, pero en su menuda persona se escondía todo un mundo de atractivo femenino y de sabia experiencia.

Tenía figura de *starlette*, cabellera rubio-platino y una risa fácil y alegre.

Apenas medía lo suficiente para llegarme al pecho, a pesar de lo cual me «domesticó» con una facilidad increíble. «Domesticar» era una expresión que Susan empleaba a menudo cuando se dirigía a Ted y a mí.

—¡No te limpies los zapatos sobre la alfombra, Ted! Pareces un gorila sacudiéndose las pulgas. ¡Y tú,

Long-John,

no tires las colillas al suelo, grandullón! Tengo que «domesticaros» a los dos o esta oficina terminará convirtiéndose en una sucursal del

Zoológico.

A pesar de todo, Susan era encantadora. Una pequeña hechicera que traía loco a Ted.

Lo supe todo —su triunfo— cuando una mañana apareció radiante y canturreando en la oficina.

Mis zapatones se apoyaban indolentemente sobre la mesa y ya comenzaba a preguntarme si Susan se sentiría enferma: no me había llamado la atención por mi falta de «domesticidad».

—Escucha,

Long-John,

¿qué lugar elegirías tú para pasar una luna de miel? —me preguntó.

Supe que la lucha había terminado con un claro vencedor: Susan.

Así que entorné los ojos nostálgicamente y dije:

—Verás, Gorrión. Dependería del dinero del que pudiera disponer. Pero, en cualquier caso, nada mejor que una estancia en Honolulu. ¡Ah, la playa de Waikiki, el mar azul, los blancos penachos de las olas, el *surfing*, la música de los *ukeleles*, las románticas *luaus* o fiestas hawaianas, la deliciosa pasta poi, el salmón *lomi-lomi*, el exquisito postre *haupaia*...! Sí, Susan: Hawai es todo un, marco para una luna de miel.

Susan me miraba arrobada, posando ya sus menudos pies —en su imaginación, claro— en la dorada arena de Waikiki.

Quince días más tarde tomaban el avión de Honolulu, después de haber contraído matrimonio.

No me hubiera mostrado tan sonriente y satisfecho en el Moisant International Airport, si hubiera podido adivinar lo que sucedería algunos días más tarde.

Pero la Naturaleza no había incluido entre mis cualidades la de adivinar el porvenir.

Ted me abrazó entusiasmado y Susan me besó en la mejilla.

Confieso que vi partir su avión con ojos emocionados. Sin embargo...

Estaba ordenando el despacho de Ted, cuando escuché el zumbador de la puerta.

Mi apariencia —delantal ceñido a la cintura y el plumero en la mano— no era demasiado ortodoxa. De modo que arrojé el delantal

floreado de Susan a la papelera, escondí el plumero en el mueble-archivador y fui a la puerta.

El tipo se coló de rondón y no paró hasta sentarse en una silla, junto a la mesa.

Era un hombre joven, de unos veintiocho años, y parecía descompuesto. Sus ojos aparecían hinchados y era fácil advertir las violáceas bolsas bajo sus párpados.

Indudablemente, aquel muchacho no había dormido en toda la noche. Su traje, bien cortado, de excelente factura, estaba arrugado, y su corbata floja y torcida.

Aquel individuo había penetrado tan aprisa, que me había dejado en la puerta, con la mano apoyada aún sobre el tirador.

Ligeramente enfadado, cerré y me dirigí a él. Iba a comenzar a pedirle explicaciones, cuando mi visitante empezó a hablar sin darme tiempo para abrir los labios.

—Escuche... Sí, lo sé, me he comportado de forma grosera, pero es que necesito hablarle urgentemente. No tengo tiempo que perder, señor Mannery. Quiero que trabaje para mí. Le pagaré lo que me pida. No me importa la cifra, puedo pagarle lo que sea.

Me quedé tan parado como la estatua de *El pensador*, de Rodin.

Al parecer, aquel joven me había confundido con Ted y deseaba que yo me encargase sabe Dios de qué extraño asunto. Iba a deshacer el malentendido, cuando el otro me cortó sin el menor recato:

—No tiene que decir nada, señor Mannery. Voy a extenderle un cheque por dos mil dólares. Si accede a ocuparse de mi asunto, le entregaré otros dos mil más al terminar, ¿de acuerdo?

Me sentía tan desconcertado que no acerté a responder. Mis manos tomaron instintivamente el cheque que me tendía.

—Escúcheme ahora: me llamo Robert Barlow y he matado a un hombre.

Creo que di un respingo en mi asiento al escucharle. Pero Barlow continuó enseguida:

—Se lo contaré todo en pocas palabras. Amo a una mujer, Jane Dupont. A Jane la molestaba constantemente un tipo que la había conocido en Marsella, hace años. La estaba extorsionando, obligándola a entregarle una cantidad tras otra, amenazándola con denunciarla a la policía por algo que ignoro.

Según Barlow, la noche anterior había penetrado en el apartamento de la Dupont y sorprendido a Jean Lamaire abofeteando a la mujer.

—Le exigía violentamente que contestase a algo. Me cegó aquello, he de reconocerlo. Saqué la pistola que acostumbro a llevar conmigo cuando salgo de noche y le disparé un tiro. El tipo cayó, y Jane comenzó a gritar histéricamente.

Sin lograr interponer una sola frase, hube de seguir escuchando a Robert Barlow. Hablaba cada vez más excitado, agitando temblorosamente las manos.

—Conseguí calmar a Jane y arrastré el cuerpo de Lamaire sin saber exactamente qué hacer con él. Lo monté en el ascensor y lo llevé hasta mi coche. Arranqué y pronto me vi conduciendo a lo largo de Toulouse Street, hasta desembocar a lo largo del French Market, en el Mississippi. Abrí el portamaletas, vacilé un instante y, finalmente, arrojé el cadáver al agua.

Me dio pena aquel joven que me hablaba excitado y nervioso. Sin acordarme de que él seguía tomándose por Ted Mannery le animé a continuar:

—Bien, ¿qué es lo que desea de mí?

Barlow se pasó un pañuelo por la frente cubierta de diminutas gotitas de sudor y me miró, anhelante:

—Estoy arrepentido de lo que hice, señor Mannery. Sé que no valgo para estar huyendo constantemente, aunque dispongo de dinero suficiente para asegurarme una vida cómoda lejos de los Estados Unidos. Por otra parte, está Jane: la amo y no quiero separarme de ella.

—¿Entonces...?

—Voy a entregarme a la policía. Confesaré que he matado a Jean Lamaire. El es un tipo sin escrúpulos, espero que tenga antecedentes penales y eso hará más fácil mi defensa. Confío en que el tribunal que haya de juzgarme tenga en cuenta las circunstancias en que se han desarrollado los hechos. Quizá... quizá pudiera salir adelante con una condena mínima.

Apenas pude murmurar:

—Escuche, Barlow. Yo no soy...

—Sé muy bien que es usted el mejor detective de Nueva Orleáns. Me he informado bien y confío en usted. Señor Mannery... ¡temo

mucho a la cárcel! Por eso quiero contratarle: deseo que me busque al mejor abogado criminalista. Ofrezcale mil dólares para comenzar. Sé que sabrá expresarse claramente para convencerle de que me visite en la prisión y de que sus honorarios serán satisfechos, una vez fijada la cantidad.

Mi cabeza era algo semejante a un volcán. Tantas eran las ideas que bullían dentro de mi cerebro, inconexas y disociadas.

Sólo podía ver que aquel muchacho hablaba y hablaba ante mí, al otro lado de la mesa, con la desesperación reflejada en sus ojos.

Y yo estaba usurpando las funciones de Edward Mannery, aunque sin proponérmelo. Sé que maldije mentalmente y traté de coordinar aprisa mis ideas.

A pesar de lo cual, sólo logré farfullar algo ininteligible:

—Escuche... Usted tiene que... ¡No, no es eso! Yo no soy, en realidad...

—Sé que no es un *superman*, pero he oído cosas que me han convencido acerca de su honradez y eficiencia. Sé que mis intereses están en buenas manos, señor Mannery. En usted confío. Ahora tengo que irme. ¡Adiós!

Las últimas palabras me las había dicho casi desde la puerta, que cerró a continuación de un golpe que hizo retemblar las delgadas paredes de la oficina.

Como un perfecto idiota, permanecí unos segundos mirando hacia la puerta.

Cuando logré arrancarme del estupor que me paralizaba, corrí desoladamente hacia la escalera: el ascensor bajaba ya. No tenía más remedio que utilizar la escalera si quería alcanzar a Barlow. Bajé saltando los peldaños de cinco en cinco, con riesgo de romperme mi dura cabezota si resbalaba.

Todo resultó inútil, sin embargo.

Cuando salí afuera, en la calle no quedaba rastro de Robert Barlow.

Como un absurdo muñeco mecánico recorrí más de doscientas yardas en dirección a Barracks y me empapé a conciencia gracias al súbito aguacero que descargó durante unos minutos sobre las calles de Nueva Orleans.

CAPÍTULO III

Maldiciendo en mi más oscuro *argot* penitenciario, regresé a la oficina y continué ordenando la mesa de despacho, como si tal cosa.

Fue aquel papelito azul lo que me hizo reaccionar. El cheque por dos mil dólares que había extendido al portador Robert Barlow continuaba sobre la mesa.

Di un tirón al archivo y saqué la botella de ginebra que Ted solía guardar para los casos de apuro. (Y el mío, en mi opinión, lo era.)

Entre trago y trago, comencé a pensar en el asunto Barlow desde el principio, es decir, desde el momento en que me dio con la puerta en las narices al penetrar como un tornado.

Barlow, enamorado como un becerro de Jane Dupont, sorprende a un individuo llamado Jean Lamaire en actitud violenta hacia su..., ¿su qué? Bien, pongamos su amante. Barlow lleva una pistola y dispara sobre Lamaire, matándole, al parecer, y arrojándole más tarde al Mississippi. Barlow se presenta como una tromba en la oficina, me extiende un cheque al portador por ¡dos mil dólares!, y se marcha como si tal cosa, dejándome náufrago en un mar de dudas.

Confieso que tras el largo razonamiento, mis pensamientos trazaban arabescos dislocados, similares a esos dibujos psicodélicos que pueden admirarse hasta el mareo en los clubs «in».

Me aticé un largo trago para tratar de poner en orden mis ideas. Caso curioso: mis ideas se volvían más y más embarulladas.

«Bien —me dije—, después de todo, a mí, ¿qué me iba en aquello? Yo no soy detective, Barlow me ha confundido con Ted Mannery y lo único que puedo hacer es buscarle para devolverle su talón bancario».

Algo me inquietaba, sin embargo: el recuerdo de las facciones demacradas de Robert Barlow, la desesperación que había en sus ojos, la angustia que parecía atenazarle...

A las diez de la mañana me levanté de la mesa y llevé la botella vacía al cubo de basura.

Cuando volví al despacho, una idea destacaba claramente en mi cerebro: comunicarme telefónicamente con Ted Mannery, en el hotel Kalakaua, junto a la playa de Waikiki, en Honolulu.

La telefonista me dijo que las líneas estaban sobrecargadas y que no esperase poder comunicarme con Honolulu antes de tres horas.

Para mi fortuna, conocía cierto procedimiento, aprendido muchos años atrás:

—Escuche, encanto, ¿no hay al otro lado de la línea una personita encantadora que logrará la conferencia para dentro de una hora?

Escuché un risita conejil al otro lado y luego la voz de la telefonista de nuevo.

—Trataré de conseguirlo, aunque no puedo prometerle nada.

—Me conformo con eso. Gracias, personita.

Es fabuloso considerar cuánto puede conseguirse mediante un halago a tiempo: cincuenta minutos más tarde tenía línea con Honolulu.

Aproximé a mi oreja el auricular y la voz llegó con extraño acento a través del Pacífico:

—¡*Aloha*, dígame!

—¿Qué..., qué dice? —pregunté, temiendo que la telefonista se hubiera equivocado de destinatario.

Pero la risotada inconfundible de Ted llegó estridente desde Honolulu.

—¡*Aloha*,

Long-John!

Escucha, chico: *aloha* es un típico saludo hawaiano. Yo lo digo a todo el mundo desde que lo aprendí. Bueno, dime, ¿cómo te van las cosas,

Long-John?

—Muy bien, digo, rematadamente mal, Ted. Estoy metida en un lío espantoso. Escucha...

Le conté los incidentes del caso Barlow en pocas palabras. Ted no me interrumpió hasta el final.

Sin abandonar su tono jovial, me aseguró:

—No hay ninguna razón que te impida ayudar a Barlow,

Long-John.

Parece que ese chico se encuentra en apuros, ¿no? Por cierto, me llena de orgullo tu conducta,

Long-John.

Hubieras podido hacer efectivos los dos mil dólares, de habértelo propuesto. Nadie podría pedirte explicaciones. Estaba seguro de ti, cuando me ofrecí como patrocinador tuyo ante míster Zanub. Ahora ponte a trabajar y ayuda a Robert Barlow.

—Pero... ¿cómo, Ted, por el amor de Dios? No soy detective, no poseo cualidades suficientes...

—Bah, tonterías —me cortó—. Confía en ti mismo, muchacho. Has aprendido con facilidad mis métodos, durante estos últimos meses. Escucha, no me has preguntado por Susan. Te aseguro que está murmurando amenazas contra ti.

Un momento después me llegó la voz de la rubia esposa de Ted, con su habitual tono chillón:

—¡Espera que vuelva a Nueva Orleáns, grandullón! ¡Pensar que ni siquiera se te ha ocurrido interesarte por mí...! ¡Desagradecido, amnésico, despistado...!

No pude evitar sonreír, aunque bien sabe Dios que mi ánimo no estaba predispuesto al buen humor.

—Espera, espera, Gorrión. Estoy metido en el lío más gordo de mi vida. Sin embargo, vosotros, estáis disfrutando de un descanso confortable a la sombra de las palmeras.

—¡Oh, sí,

Long-John!

Estamos viviendo unos días inolvidables: playas, fiestas, *luaus* con poi, salmón *lomi-lomi*, en las cenas y *haupaia* de postre. ¡Una delicia! Y, además. ¡Los hawaianos son tan adorables...!

—Está bien, Gorrión. Dile a Ted que se ponga y divertíos mucho. Yo...

—¡Un beso, grandullón! Pronto estaremos contigo de nuevo.

La voz de Ted sonó finalmente en el micro.

—Escucha,

Long-John:

será mejor que cuelgues ya o vamos a pagar una burrada de dólares por la conferencia.

—¡Al cuerno tú y la conferencia! ¡Estoy a punto de ingresar en

un manicomio y tú...! Bien, jefe, no sé qué hacer respecto a lo de Barlow.

—Aprenderás, muchacho, aprenderás. Si te encuentras en algún aprieto, puedes volver a llamarme. O mejor, pídele consejo al teniente Burley. Sabes que el teniente nos debe más de un favor. Y ahora, *¡alhoa*,

Long-John!

Me sentí perdido. Grité como un energúmeno junto al micro:

—¡¡Espera, Ted!! ¡Tengo que preguntarte...!

—*¡Alhoa*, alhoa, amigo...!

Creí que el mundo se me venía encima cuando escuché el clic del cierre de la comunicación.

CAPÍTULO IV

Reconozco que fui cobarde, qué caray.

Porque hacia las cuatro de la tarde había decidido buscar a Barlow y devolverle su cheque, renunciando al caso, después de haberle hecho saber que yo no era Ted Mannery.

Llevar aquella idea a la práctica era cosa diferente.

Porque Barlow había dicho que se iba a entregar a la policía, lo que quería decir que estaría ya en la cárcel.

Coger el «Ford-Cortina» de Ted y realizar aquella gestión en la prisión no me agradaba mucho, porque me recordaría los largos años que había permanecido en la «trena».

De modo que decidí visitar al teniente Burley, que había sido destinado un año atrás a la Sección de Homicidios.

Burley estaba ocupado y hube de esperar algo así como treinta minutos.

Empleé aquel tiempo en mirar a las muchachitas que pasaban al otro lado del amplio ventanal.

Al fin, el sargento Ward me dijo que podía pasar.

Burley tenía ahora un despacho mucho más cómodo y había engordado bastante. Y el mismo gesto de «hombre de garra» en la cara.

No me ofreció un asiento, así que hube de permanecer en pie.

—¿Qué hay, LeRoy? Ya sé que se ha regenerado. Ahora trabaja con Mannery, ¿no?

No me gustó mucho su expresión: «regenerado». Y se lo dije.

—Nunca he necesitado «regenerarme», teniente. Aquello fue un incidente y nada más. Algún día le traeré aquí a Buddy Flanagan agarrado por el cuello, ya que ustedes no se molestaron en buscarle.

Enseñó los dientes al oír aquello. Pero yo le había de vuelto el golpe y me sentí satisfecho.

—Olvídese de eso, LeRoy. Junto a Mannery tiene un trabajo

honrado, seguro. Bien, ¿qué es lo que le trae por aquí?

Mentir con facilidad, sin que el rubor suba a las mejillas, es algo que se aprende pronto en prisión.

—Verá, teniente. Quería conocer el paradero de Robert Barlow. Estuvo esta mañana en la oficina, buscando a Ted No sé si sabe que Mannery está en Hawái...

—Lo sé. Continúe.

—Bien, se lo dije a Barlow y se marchó. Más tarde telefoneé a Ted, que me dijo que Chuck Bertrand, un amigo podría encargarse del caso Barlow. De modo que quería buscar al muchacho para decírselo.

Burley lanzó una risita que yo conocía muy bien: era la que lanzaba siempre cuando creía tener «cogido» a alguien.

—¿Y qué pretende que la policía le informe, LeRoy? ¿Por qué razón? ¿Qué le contó Barlow? ¿Por qué no le buscó en su domicilio?

A Burley le gustaba apabullar a la gente con sus preguntas relampagueantes, pero no logró descentrarme.

—En primer lugar: desconocía su domicilio, porque no me lo dijo y su teléfono no está en el directorio. Segundo: Barlow no me contó nada, porque era a Ted a quien quería hablar. Tercero: he venido a informarme aquí porque lo único que Barlow dijo cuando se marchaba fue que tendría que entregarse a la policía. Cuarto: Ted Mannery me aconsejó que podía contar con usted.

Le hizo mella mi forma sosegada de responder, aunque ignoro si se creyó todo lo que dije.

Pero a mí me sorprendió mucho más su respuesta.

—Está bien, LeRoy. Contestaré a su pregunta: Barlow está en la «fresquera».

Mi cara de asombro no se debía, desde luego al significado de aquella palabreja.

De sobras sabía que «fresquera» en la jerga policial, que suele coincidir, palabra por palabra, con la de la cárcel, significa congelador de cadáveres. Es decir, Robert Barlow había muerto.

—Caray, eso no lo esperaba, teniente. ¿Qué le ocurrió a Barlow?

—Se lanzó en picado desde una ventana de su apartamento. Un piso quince, ¿comprende?

Yo lo comprendía muy bien. Después de aquel vuelo, el cadáver de Barlow no debía tener muy buena apariencia.

Las palabras de Burley coincidieron exactamente con mis pensamientos.

—Estaba convertido en una piltrafa, aunque fue fácil identificarle.

—¿Suicidio?

—Es la opinión que prosperará, LeRoy. Algunos vecinos le vieron pasear agitadamente, momentos antes, sobre la terraza.

Me dolía mucho que aquel muchacho, Robert Barlow, hubiera escogido el suicidio. Y de pronto se me ocurrió aquella pregunta:

—¿A qué se dedicaba Barlow, teniente?

Me miró de forma torcida y su gesto de desagrado fue harto elocuente...

—Me molestan tantas preguntas, LeRoy. Sobre todo teniendo en cuenta que quien hace habitualmente la: preguntas soy yo.

Se había molestado. Sin embargo, su expresión de hiena se suavizó un tanto al comentar:

—Está aprendiendo mucho junto a Mannery, muchacho. En fin, tratándose de ese viejo amigo, se lo diré. Barlow era técnico en electrónica.

El primer pensamiento que acudió a mi cabeza, fue el de que era extraño que un técnico en electrónica pudiese gastar cuatro mil dólares en una investigación privada.

Barlow me había extendido un cheque por dos mil dólares, pero me había prometido dos mil más al terminar el caso.

Di las gracias a Burley y me despedí. Antes de salir del despacho todavía escuché sus palabras:

—Tenga cuidado, muchacho. No haga nada sin consultar con Ted Mannery —dijo burlonamente.

Salí del precinto.

Y, de pronto, me sorprendí a mí mismo con una repentina decisión: continuar con el caso Barlow hasta el final.

¿Se habría suicidado realmente Barlow?

Si bien el chico parecía fuera de sí cuando me visitó, no parecía dispuesto a quitarse la vida, sino que se sentía atemorizado ante la amenaza de una larga condena.

Una vez convencido de que mi decisión era auténtica, me encontraba ante un dilema inmediato.

¿Por dónde empezar?

Mientras atravesaba la calzada en dirección al automóvil de Ted, decidí que lo más inmediato era averiguar si Robert Barlow tenía familiares. Y registrar su apartamento, aunque estaba seguro de que ya habría sido trillado por el teniente Burley y sus hombres.

No sabía el domicilio de Barlow, pero era cosa fácil averiguarlo: la noticia de su muerte aparecería en la edición de la noche de los diarios.

Los anuncios luminosos comenzaban a encenderse cuando puse en marcha el automóvil.

Diez minutos después me detenía ante un puesto de periódicos y adquiría el *New Orleans Herald*.

Estaba hojeándolo en la acera cuando el cigarrillo que mantenía entre los labios se me cayó al suelo.

Buddy Flanagan acababa de salir de un *snack* y después de encender un cigarrillo, caminaba sin prisas hacia un imponente «Oldsmobile-Toronado» estacionado junto al encintado.

Vestía mucho mejor que la última vez que nos vimos, aquella noche de la Black Tavern. Es decir, vestía ropas más caras, porque Buddy nunca podría disimular del todo su condición de pandillero.

No había querido buscarlo cuando salí de la «trena», pero siempre había esperado aquella ocasión: la de encontrármelo para darle una soberana paliza en cualquier oscuro callejón.

De forma que salté rápidamente hacia el «Ford-Cortina» y di al encendido, rodando tras del «Torculado».

CAPÍTULO V

Buddy se detuvo, quince minutos después, en el *parking* privado del club White Cicogne.

Busqué aprisa un hueco donde dejar mi automóvil y bajé rápidamente.

La zona estaba débilmente iluminada y aquello favorecía mis planes.

Por el camino había ido recordando todo. Incluido el hecho de que me había pasado varios años a la sombra por culpa de aquel puerco de Buddy.

Bueno, se volvió cuando ya era tarde para él. El hecho de que inmediatamente se llevara la mano a la axila del costado izquierdo, me animó en gran manera a tomarlo por la gabardina y proyectarlo nada suavemente contra las planchas del «Toronado».

Buddy tenía la cabeza durísima. Lo comprobé enseguida al ver la carrocería del lujoso automóvil: estaba, abollada en el lugar donde Buddy había incrustado su testa.

Hay que decir que Buddy intentó defenderse. Desgraciadamente para él, yo le llevaba algo así como cuarenta y cinco libras de peso y casi dos pies de estatura.

Alzó los brazos y trató de incrustarme un *crochet*. Me bastó con agarrarle de su fuerte cabellera negra para que sus puñetazos se perdieran, inofensivos, en el aire.

El recuerdo de la cárcel me volvió loco durante unos instantes. Golpeé y golpeé hasta que la cara de Buddy se fue convirtiendo en un amasijo de sangre.

Estoy seguro de que cuando resbaló sobre el automóvil hasta el suelo, ni su mismísima madre hubiera sido capaz de reconocerle.

Respiré afanosamente, sin perderle de vista, sintiéndome satisfecho. Porque estaba seguro de que Buddy Flanagan iba a tener que pagar una factura fabulosa a la clínica de cirugía plástica, si

quería volver a tener un aspecto pasable.

Iba a dar media vuelta, cuando, de repente, mis ojos repararon en la cartulina qué debía haber caído de los bolsillos de Buddy Flanagan.

Me incliné y la tomé en mis dedos.

Buddy me largó un manotazo y habló por primera vez:

—¡Deja eso, LeRoy! ¿Qué diablos te importa...?

Se esforzaba en no dejarme ver la fotografía..., hasta que le largué una patada en la cara sin la menor contemplación.

Silbé, admirado, al contemplar el rostro que aparecía en la foto.

Porque aquella cara pertenecía a un difunto: Robert Barlow.

Una sospecha comenzó a molestarme enseguida y volví a mirar a Buddy con nuevo interés.

Metí la foto en el bolsillo interior de mi americana y cacheé rápidamente a mi compañero de una sola noche.

La suerte me había acompañado, desde luego. Porque si Buddy hubiera utilizado el

«Colt-38»,

de cañón aserrado, que acababa de extraer de su funda pistolera, mi corpachón estaría a estas alturas criando malvas en el St. Louis Cemetery.

Me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta e incorporé fácilmente a Buddy. Bruscamente.

Continuaba soñando con las estrellas... Con las estrellas que debió ver cuando mi zapato, número 47, se estrelló contra su morro.

Juzgué que aquél no era el mejor sitio para interrogar a Buddy, cuando varios automóviles aparcaren muy cerca de nosotros. Afortunadamente no debieron vernos sus ocupantes, pero en cualquier caso era peligroso permanecer allí.

Arrastré al pandillero hasta el «Ford-Cortina» y lo dejé caer en el asiento trasero.

En previsión de que despertara durante el camino, lo coloqué boca abajo y en pocos segundos ligué sus pies a las manos, sirviéndome de los cordones de sus zapatos.

Buddy tenía aspecto de un ternero lazado, pero no podría moverse en la dificultosa postura en que le había dejado.

Salí del *parking* a buena velocidad, preguntándome dónde

podría interrogar tranquilamente a Buddy.

Ningún sitio mejor que la oficina de Ted, de forma que me dirigí a Esplanade Street.

Buddy ya se había despertado cuando llegamos. Murmuraba algo entre dientes cuando comencé a soltar los cordones:

—¿Qué significa esto, LeRoy? ¿No tienes bastante con haberme machacado de esta manera?

Sonreí, porque la facha de Buddy era de lo más gracioso: sus ojos parecían dos rodajas de zanahoria y apenas podía hablar a través de los hinchados labios.

—No, fardón. Todavía tienes que decirme muchas cosas. Andando y no intentes ninguno de esos golpes sucios que tú sabes, porque te metería un balazo en los riñones.

Le empujé rápidamente hacia el vestíbulo, empuñando el revólver dentro del bolsillo.

En el interior del ascensor trató de resistirse de nuevo y tuve que administrarle un nuevo «calmante», tras de lo cual pareció resignarse y se mostró obediente hasta llegar al apartamento.

Ted guardaba un par de esposas en el archivador. Las cogí y se las coloqué a Buddy, antes de que saliera de su estupor.

—Siéntate, torpedo —le obligué a hacerlo, porque estaba tan sorprendido que no acertaba a moverse.

Necesitaba un trago después de tantas emociones. Todavía no podía comprender cómo había logrado conducirme con tanta seguridad y decisión en aquel asunto.

Afortunadamente, Susan había pensado en mí, porque en el frigorífico encontré una botella de ginebra, otra de scotch y otra de coñac. Tomé la de ginebra y un vaso y volví al despacho.

A tiempo de sorprender a Buddy tratando de accionar el picaporte torpemente. De un empujón le hice comprender que aquello no era posible.

Bebí un largo trago y me sentí mejor, dispuesto a exprimir a Buddy hasta que hubiera soltado la última gota de acíbar.

—Está bien, Buddy. Puedes comenzar a hablar. No pares hasta que te diga «basta».

Parpadeó, sorprendido, haciéndose el inocente:

—No tengo nada que decirte, machacón. Sólo que te arrepentirás de todo esto en cuanto me sueltes.

Reí con ganas al oír aquello.

—No voy a soltarte, aprovechón. Y no te hagas rogar o tendré que «suavizarte» de nuevo. Quiero que me cuentes quién te pagó para que asesinaras a Robert Barlow.

Era una andanada sin rumbo, pero surtió su efecto. Porque Buddy palideció bajo la costra de sangre reseca que cubría sus mejillas:

—¡Estás loco, muchacho! ¿Qué..., qué sabes tú de todo eso?

—Mucho más de lo que puedes imaginarte, Buddy. Sé que lo del suicidio sólo fue una cortina de humo.

Y, de pronto, advertí una circunstancia sospechosa. El traje que Buddy vestía era exactamente de la misma tela que el que Robert Barlow tenía puesto cuando habló conmigo por la mañana.

Saqué el revólver del bolsillo e hice girar el tambor. Aquel ruido alteró a Buddy, que se echó súbitamente hacia atrás, impresionado:

—¡Espera! No irás a matarme, ¿eh, LeRoy? Sé que me porté cochinamente contigo, pero esto es otro asunto. Te daré quinientos dólares si me dejas marchar.

Estaba temblando y yo me preocupé de intensificar su temor, aproximando el corto cañón del revólver a unas pulgadas de su nariz:

—Eres una rata repugnante, Buddy. ¿Cuánto te pagaron por cargarte a Barlow? ¡Vamos, contesta, o te clavo un balazo en la frente!

Lo dijo todo de seguido, con urgencia, al ver que mi dedo índice se apoyaba sobre el gatillo:

—Me llamaron por teléfono, encargándome el asunto. Me ofrecieron cinco mil dólares por el trabajo. Contesté que sí y aquella misma tarde encontré un sobre abultado con el dinero y esa fotografía en el buzón. También había un pedacito de tela: me ordenaban que me comprara un traje idéntico al de Barlow. Fue lo más difícil, pero finalmente lo encontré en una tienda de confecciones. El resto...

Había aguardado, oculto en su automóvil, a Robert Barlow. Hubo de esperar hasta la mañana siguiente, hora en que se presentó su víctima.

—Subí en el ascensor tras él y le derribé de un puñetazo en cuanto abrió la puerta. Luego realicé aquella comedia: me quité la

gabardina y paseé durante un rato por la terraza, simulando que estaba desesperado. Cuando comprendí que algunas personas me habían visto, volví adentro, arrastré el cuerpo de Barlow hasta una ventana y lo asomé a la calle, procurando que nadie me viese. Lo empujé fuerte y desaparecí de allí como un cohete. Eso es todo.

Me estremecí de repugnancia ante el tono indiferente que Buddy había empleado para contarme aquello y durante un momento sé que estuve a punto de disparar contra aquella cara de rasgos burdos, innobles.

—¿No tienes idea de quién puede ser la persona que te encargó esa asquerosa faena?

—¿Cómo voy a saberlo, si me contrataron por teléfono? El fulano hablaba con voz nasal, como los franceses. Escucha, LeRoy: tengo aquí el dinero. Te daré la mitad si me das largas. Puedes cogerlo tú mismo. Todavía podemos llegar a entendernos, ¿eh?

Bebí un nuevo trago de ginebra y me puse en pie:

—Dudo mucho que tú y yo podamos entendernos nunca, Buddy. Eres demasiado cerdo para que pueda aguantarte mucho tiempo. Hueles mal, Buddy: a corrupción, a asesinato, a muerte. Anda, ponte en pie: nos vamos.

—¿Adónde me llevas? ¿Acaso pretendes...?

Estaba claramente alarmado cuando le metí en el ascensor. Y tenía motivos, porque pensaba entregarlo al teniente Burley aquella misma noche.

Burley sabría arrancarle a aquel asesino todo lo que tuviera dentro. Y luego... Bien, no era demasiado exagerado calcular que la silla eléctrica rondaría muy cerca de Buddy Flanagan.

CAPÍTULO VI

Me equivocaba, sin embargo.

Acabábamos de salir a la calle y estábamos muy cerca del coche de Ted, cuando vi avanzar un «Cadillac» negro a una velocidad suicida.

Que el loco que conducía aquel automóvil se estrellara me tenía sin cuidado. Pero lo que bastó para alarmarme fue ver aparecer el cañón de una metralleta en la ventanilla.

Franca mente encarada hacia nosotros, además.

Reaccioné con rapidez, lanzándome al suelo tras la protección del «Ford-Cortina». Me hice daño en los codos, pero aquello era lo de menos.

—Vamos, estúpido —grité a Buddy, que permanecía todavía en pie, sin saber lo que ocurría—. Ésos vienen contra ti.

La metralleta traqueteó sonoramente y la ráfaga azotó las paredes, detrás. Los cristales de un escaparate saltaron destrozados sobre el pavimento.

Miré hacia atrás a tiempo de ver cómo las balas cosían materialmente el pecho de Buddy Flanagan. Cayó sobre mí, manchando de sangre mi americana.

Me incorporé lentamente, hasta asegurarme de que el peligro había pasado. El «Cadillac» había desaparecido ya al otro extremo de la calle.

Rápidamente llegaron los curiosos, que rodearon el cadáver de Buddy, observándole con morbosos interés.

Confieso que durante un segundo pensé que desaparecer de allí sería lo más sensato. Afortunadamente recordé a tiempo que el portero nos había visto y contaría aquel detalle a la policía, sin dudarle un momento.

Un coche-patrulla acababa de detenerse ante el lugar del suceso y ya un agente se aproximaba al cadáver.

Le expliqué en pocas palabras lo sucedido, mientras otros tres policías despejaban la acera, obligando a circular a los curiosos.

—Ese hombre está esposado —observó el agente, acusadoramente. Y me agarró por un brazo sin excesiva consideración—. Venga conmigo, se lo explicará todo al teniente Burley.

Me preparé para aguantar lo que iba a sobrevenir a continuación.

Diez minutos después me encontraba en el despacho de Burley. Me había escuchado sin interrumpirme, quizá porque mis palabras sonaban con convicción.

Cuando terminé, saqué la fotografía de Robert Barlow y el revólver del difunto Buddy, como prueba de mis palabras.

Burley me observó durante un minuto largo, enseñando los dientes en su gesto de perro de presa más característico:

—Estoy dudando entre detenerle por ejercer una profesión para la que no está autorizado o dejarle en libertad, LeRoy. Le dije que se anduviese con cuidado.

—No he hecho nada fuera de la ley, usted lo sabe, teniente. Tropecé con Buddy y me cobré aquella deuda. La foto se escurrió del bolsillo de su gabardina. Buddy se mostró locuaz a continuación y comprendí que el asunto concernía a usted, teniente. Pero si lo que le preocupa es tener que reanudar un caso que ya parecía terminado...

Sus gritos atronaron mis oídos durante cinco minutos, sin cesar. Sus bramidos eran poco inteligibles y su rostro se congestionaba a medida que sus palabras alcanzaban un tono apto para los no iniciados en la jerga policial.

Le dejé desahogarse, porque sabía que podía meterme entre rejas sin ninguna discusión.

Calló, tomando nuevo impulso, pero no le dejé seguir despotricando:

—¿Ha reflexionado en que podía haber cogido esos cinco mil dólares de Buddy, teniente? Hubiera sido muy fácil clavarle un par de balas y arrojarle al Mississippi. O en la primera cloaca que encontrase al paso.

Le costó algunos segundos digerir mis palabras. Cuando volvió a mirarme su expresión era menos incisiva.

—Voy a dejarle en libertad, LeRoy, porque observo que se ha regenerado, que se comporta como un ciudadano consciente. Pero aléjese de todo lo que huelga a Robert Barlow. Yo me ocuparé de eso. Y sepa —agregó, mordiendo las palabras— que me encanta ocuparme de un caso de a-se-si-na-to.

—Muy bien, teniente. ¿Alguna cosa más?

Me miró de pies a cabeza, como calculando el valor físico de mi persona y debió quedar un tanto impresionado:

—Se tomó la revancha con Buddy, ¿eh, LeRoy? Lástima que no pudiésemos encontrar a ese pandillero. Porque le busqué, ¿sabe? Pero entonces había muchos asuntos pendientes en mi sección y hube de ocuparme de ellos. No lo cree, ¿eh, LeRoy?

Sí, le creía, porque ahora hablaba con un tono distinto de todos los que componían la variada gama que yo le conocía. Y se lo agradecí sin palabras:

—Sí, teniente. Ahora sí. Buddy ha pagado ya todo lo malo que pudo cometer en su cochina vida.

Abandoné el precinto, vagamente satisfecho.

Eran las once de la noche cuando aparqué cerca de Bill Lucano, una taberna del barrio francés.

El dueño era un italiano, Giorgio Aureli. Aureli había cumplido condena por tráfico de estupefacientes, había salido de la prisión unos meses antes que yo y hablaba un inglés detestable:

—*Buona sera,*

Long-John.

¡*Molto tempo* sin verte por mi negocio, *amico*!

Salpicaba su conversación de palabras italianas que no sabía expresar en inglés, de una forma pintoresca.

Giorgio me había ofrecido su ayuda desde la primera vez que recalé en su *snack*. Se lo agradecí, sin aceptar, porque Ted Mannery me pagaba un buen sueldo que cubría suficientemente mis necesidades, pero había vuelto en varias ocasiones a ver a Giorgio, que era amable y simpático.

—Tengo que comprarte una gramática inglesa, Giorgio. No acabas de dominar el idioma de Shakespeare, *per che, grandissimo briborte*?

—*Ma il tuo linguaggio e molto difficile,*

Long-John.

¿Qué quieres comer?

—Tengo prisa, Giorgio. Prepárame un filete de los grandes con mostaza, dos bocadillos de hamburguesas, una docena de ostras, medio pollo con quimbombó, merluza criolla y una taza de café.

Giorgio puso los ojos en blanco y palmeó mi espalda sin suavidad:

—¡*Madonna...*! ¿Qué comes cuando tienes *tutto il tempo disponibile*?

Se alejó hacia la cocina, riendo sin parar. Me trajo los mariscos, acompañados de media botella de «chianti».

Durante media hora no hice otra cosa que recuperar mis fuerzas. Tomé mi taza de café, al estilo de Nueva Orleans, es decir, mezclado con especias y aguardiente fuerte.

Cuando me despedí de Giorgio, miré mi reloj. Era la medianoche y no parecía el momento más oportuno para realizar una incursión, que podía resultar peligrosa, en el domicilio de Robert Barlow.

Sin embargo, tomé asiento tras el volante y me dirigí a Canal Street, donde, según el reportero que firmaba la noticia sobre el suicidio de Barlow, había ocurrido el suceso.

Frené a la altura de un bonito coche deportivo de marca europea y aparqué tras él, en un espacio increíblemente corto.

El apartamento del pobre Robert Barlow estaba ubicado en un moderno edificio de catorce plantas. Instintivamente mi mirada ascendió hasta el quinto piso, calculando la trayectoria que siguiera el cuerpo del muchacho.

Sí, todavía podían apreciarse unas manchas de sangre sobre el asfalto, en mitad de la calzada.

En fin, imaginarme un cuerpo destrozado sobre el pavimento, expuesto a la curiosidad de los transeúntes, era sólo un puerco pasatiempo.

El conserje apenas tuvo tiempo de verme atravesar el vestíbulo. Abrí el ascensor y pulsé el botón de la planta cinco.

Esperaba encontrarme la puerta del apartamento de Barlow cerrada, naturalmente. Y por tal razón llevaba en el bolsillo la eficiente ganzúa que Ted utilizaba solamente en contadas ocasiones.

Abrir la puerta resultó francamente fácil. Empuñé el pequeño picaporte de resorte y entré.

Olfateé, extrañado, nada más avanzar unos pasos, sin poder

explicarme la procedencia del perfume que impregnaba el ambiente.

Encendí la luz como si estuviese en mi casa y me puse a curiosear con toda tranquilidad.

El *living* estaba amueblado con sencillez: un diván, varios sillones funcionales y un pequeño mueble-bar poco podían atraerme.

El dormitorio me llevó algún tiempo. Con el mayor interés, deshice la cama y palpé el colchón hasta asegurarme de que nada había sido ocultado allí.

En realidad, todavía no sabía qué era lo que buscaba exactamente. Tenía, eso sí, la vaga esperanza de que algo viniera a ayudarme en mis pesquisas.

El armario, la mesilla de noche, las alfombras, fueron registrados meticulosamente. Inútilmente, porque nada de interés contenían.

Sólo restaba el cuarto de aseo. Empujé la puertecita que comunicaba con el dormitorio y entré. El aseo estaba limpiísimo y en orden.

Empezaba a cansarme cuando registré el mueble-aseo: jabón, pasta de dientes, masajes, un pequeño botiquín..., lo normal en un sitio así.

Tenía que rendirme: los de la policía habían realizado su trabajo a conciencia. Si Robert Barlow había dejado algo interesante en su apartamento, la policía lo había encontrado, estaba claro.

Me disponía a cerrar la puerta del aseo, cuando mi mirada se detuvo sobre la cisterna del W.C. Y siguiendo un movimiento automático, metí la mano en el depósito. Con recompensa, porque la saqué empuñando una pistola.

—El arma que empleó Barlow —murmuré entre dientes.

Estaba chorreando, de modo que cogí una toalla y traté de secarla. Nunca hubiera descubierto el secreto que ocultaba aquel arma si el saliente del cargador no se hubiese enganchado en las hebras de la toalla.

El caso es que merced a mi brusco tirón el cargador se desprendió y cayó al suelo, e incluso un par de proyectiles salieron rodando por el piso.

Los recogí, sopesándolos en la mano.

No soy ningún experto en balística, pero comprendí sin

esfuerzos que aquellas balas eran inofensivas: los cartuchos estaban tapados con un simple taco de cartón.

En definitiva: eran balas de fogueo.

Si aquélla era la pistola que había usado Robert Barlow, ¿cómo diablos había podido matar a Jean Lamaire?

Todavía tenía en mi poder el diario que había adquirido aquella misma tarde, de modo que lo saqué del bolsillo y me puse a repasarlo, buscando la noticia del hallazgo del cadáver de Lamaire, en las sucias aguas del río.

Miré y remiré minuciosamente, página por página, sin encontrar la reseña que buscaba.

Resultado de mi razonamiento siguiente: un lío de mil diantres. Porque si las balas de Barlow no servían para perforar un papel mojado, difícilmente podrían matar a un hombre.

El hecho de que el cadáver de Jean Lamaire no hubiera aparecido confirmaba mi sospecha.

Me detuve en un mar de intrincados laberintos mentales sin lograr otra cosa que un regular dolor de cabeza.

Así que inserté las dos balas en el cargador y me guardé éste y la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

Debía haber notado que aquel extraño perfume femenino había aumentado de intensidad. Me volvía, repentinamente alarmado, cuando el golpe que recibí en el occipucio me envió rodando por el suelo.

No había sido excesivamente violento, pero lo suficientemente fuerte para atontarme.

Inconsciente aún, me agarré a lo primero que tenía a mano, tratando de incorporarme. Debí poner una expresión un poco rara al darme cuenta de que me encontraba abrazado al W.C.

Sin embargo, mi grotesca situación era lo de menos en aquel momento.

Porque una pistola que supuse cargada con balas de verdad acababa de apoyarse en mi frente.

La pastosa y cuidada voz expresaba lentamente unas intenciones que me dejaron frío.

—¿Practica alguna religión, pistolero? Si es así, empieza a rezar ahora. Porque será lo último que va a hacer en su vida.

CAPÍTULO VII

La verdad es que entre el culatazo en mi pobre cráneo y la posterior «sentencia», tardé bastante en reaccionar.

Finalmente la sensación de ridículo que experimentaba abrazado a la taza del W.C., me hizo reaccionar.

Me incorporé con torpeza y me atreví a elevar mi mirada hasta mi malhumorado visitante.

Lo primero que se me ocurrió pensar al ver a la mujer que empuñaba firmemente una pistola en la diestra, fue algo incongruente, fuera de situación.

—¡Dios...! ¡Qué hembra! —murmuré.

Y ella debió escucharme a pesar de que mi exclamación fue apenas un suspiro, porque elevó el cañón de su negra pistola y comentó:

—Tiene una forma muy extraña de rezar, asesino. En fin, eso va en gustos. ¡No se mueva de ahí!

Todavía me dolía la cabeza como si una locomotora se hubiera entretenido en patinar sobre mi cráneo, pero aquello no me impidió admirar en silencio la imponente belleza de la rubia.

Era bastante alta y poseía una cara de facciones bellas, severas, labios rojos, una naricilla deliciosa y unos ojos...

Era lo único que desentonaba en el conjunto. Porque en el fondo de aquellos ojos grises latía un odio increíble, una decisión tan poderosa de matar que me hizo estremecer.

De que iba a apretar el gatillo inmediatamente, no podía caberme ninguna duda. Aquella mujer iba a matarme de una forma estúpida, confundíéndome con alguien de quien yo no tenía la menor idea.

—A la memoria de Robert Barlow, asesino —dijo la rubia lentamente. Y vi cómo su dedo índice comenzaba a curvarse sobre el gatillo.

No tenía salvación, era evidente. Y la desesperación me movió a emplear un truco estúpido que había visto en las películas.

—¡No le pegues muy fuerte, Joe! —grité, como si hablara a alguien situado a espaldas de la mujer.

Dios, qué satisfacción. La rubia respingó, asustada, y se volvió como un relámpago hacia atrás.

No hay que decir que en una décima de segundo atravesé el espacio que me separaba de ella. Es decir, mis doscientas libras de humanidad se estrellaron tres yardas más allá contra la rubia.

Chilló agudamente al recibir el impacto. No le hice demasiado caso, la verdad.

Me había hecho pasar unos minutos de espanto y no fui demasiado cortés con ella. De un revés con la izquierda, la pistola salió volando y aterrizó debajo de la cama.

No conocía bien a aquella criatura. Porque antes de que pudiera levantarme, la rubia se había agarrado a mi cuello y clavaba sus dientes en mi oreja, obligándome a soltar toda una florida tanda de palabrotas.

No es que me disgusten los mordisquitos de las hembras bien plantadas, pero aquello en lugar de caricia se acercaba mucho a dentellada de pantera.

No me gustó hacer aquello, pero ¿qué remedio? El papirotazo que le largué en el entrecejo la obligó a abandonar su presa con un quejido. Parecía levemente mareada.

Y sin embargo volvió a la carga instantáneamente. ¡Diablo de rubia, me había amenazado con matarme y quería cumplir su palabra aunque fuese a bocados!

Ahora, sin embargo, me adelanté a sus intenciones. Mi manaza la obligó a tenderse sobre la alfombra del dormitorio.

De veras que me sentí impresionado al palpar la suavidad del traje de piel de leopardo bajo mis dedos. Pero no podía entretenerme en analizar mis sensaciones, porque la gata rubia me estaba aporreando las narices de linda forma.

Malhumorado, crucé sus brazos sobre el pecho y la aplasté con todo mi peso. Inclinado sobre su rostro, sus labios quedaban muy cerca de los míos.

Y la besé, porque estaba deseándolo.

No fue un beso cinematográfico, en cualquier caso. Aprisioné su

boca con mis labios y la besé bruscamente, hasta que ella se revolvió débilmente, perdido el aliento.

—Por el miedo que me has hecho pasar antes, pequeña. Y ahora vas a contarme aprisa por qué querías agujerearme la cabeza.

Me miró belicosamente, los grises ojos centelleantes y empezó a insultarme, descompuesta.

No había más remedio que repetir el «tratamiento». O lo que es lo mismo, la volví a besar hasta que mis sienes latieron tan aprisa que creí prudente separarme.

—Así no, gatita. Tranquilízate, no pienso hacerte ningún daño, si te portas razonablemente. ¿Cómo te llamas?

Se había suavizado. No sé si porque se sentía fatigada esforzando sus músculos en vano o porque mis caricias no la habían disgustado mucho.

—Elizabeth Barlow —murmuró, respirando tan aprisa que el movimiento de sus senos se tornó mareante.

Me la quedé mirando fijamente, en silencio.

Me puse en pie lentamente y le alargué la mano para ayudarla a incorporarse. La volví a mirar despacio, con calma.

Sé que tuve que luchar para frenar el impulso que me empujaba a abrazarla, a besarla...

—Ya le he dicho cómo me llamo. Ahora me gustaría saber su nombre —me dijo.

—Sí —dije con un suspiro—, se lo diré. Me llamo John LeRoy, aunque mis amigos me llaman Long-John.

Y no soy ningún asesino, créalo.

Me miró de arriba abajo. Ignoro si para comprobar que mi apodo no era ninguna tontería o tratando de adivinar si podía fiarse de mí.

—Trabajo para Mannery, señorita Barlow, un detective.

—He oído hablar de Mannery.

—Robert Barlow fue a visitarme esta misma mañana. Estaba muy excitado y me contó que...

La puse al corriente brevemente de mi relación con su hermano. Elizabeth se iba tranquilizando a medida que avanzaba en mi relato. Cuando terminé de hablar, su expresión se había dulcificado.

—Lo siento, señor LeRoy. Le confundí con el asesino de mi

hermano. Me aterra pensar lo cerca que estuve de apretar el gatillo.

—Olvídelo. Y llámeme

Long-John,

por favor. Es cierto que me dio un susto de muerte, pero... ¿Amigos, entonces?

—Amigos,

Long-John

—sonreía con una chispita de burla, lo que me hizo suponer que acababa de recordar mi humorístico abrazo a la taza del W.C.

—Quisiera que contestase a algunas preguntas, señorita Barlow.

—Lo haré con gusto,

Long-John.

Mis amigos me llaman Lizza.

Inmediatamente sentí un odio mortal por aquellos amigos. Pero Lizza esperaba mis preguntas.

—Hay algo que me intriga, Lizza. ¿Qué le ha impulsado a pensar que su hermano no se suicidó? Hasta ahora, es la versión oficial.

—Conocía bien a Robert. Ciertamente era un muchacho voluble, caprichoso. Pero Bob era católico, igual que yo. Nunca se hubiera quitado la vida. Aparte de ello...

—¿Qué...?

—No me gustaban las amistades que Bob frecuentaba en los últimos meses. Jane Dupont...

—¿La conoce? —inquirí, experimentando súbito interés.

—Por desgracia. Bob se encaprichó de ella y la exhibía como un trofeo por todos los clubs más o menos elegantes de la ciudad. Llegó a llevármela a casa en cierta ocasión.

—¿Qué tipo de mujer es Jane Dupont, Lizza?

—Una vampiresa de nuevo cuño. Tiene unos treinta y cinco años, aunque no lo parece. Es una de esas mujeres que magnetizan a los hombres, sin que físicamente pasen de ser aceptables.

—¿La odia, Lizza?

—¡Sí! —Y el fulgor de sus ojos corroboraba su tajante afirmación.

—¿Por qué?

—¿Le parece poco motivo el haber arruinado la carrera de mi hermano? Ella le volvió loco, le convirtió en un hombre sin voluntad, sin sentido de la decencia.

—Explíquese.

—Lo comprenderá enseguida,

Long-John.

Jane Dupont jugaba con Bob, le martirizaba, le daba celos. Aquello descentró a mi hermano. No sé si está al corriente de que Bob era un especialista en electrónica. El mejor de todos. Ganaba mucho dinero y ante él se abría un porvenir amplio. Sin embargo...

Según Lizza, su hermano había comenzado a cometer errores en su trabajo, irregularidades que habían provocado su reciente despido y anulación de contrato.

—Un momento, Lizza. Todavía no me ha dicho para qué empresa trabajaba Bob.

Me miró un momento a los ojos, con cierta expresión de incredulidad:

—¿Es posible que no lo sepa,

Long-John?

Bob trabajaba para la empresa más importante de Estados Unidos de Norteamérica, es decir, para la NASA. Su laboratorio de trabajo estaba en la base espacial de Cabo Kennedy.

Permanecimos en silencio un minuto largo.

La seguridad de que el asunto Barlow se embrollaba peligrosamente a cada nuevo paso de mi torpe investigación comenzó a abrirse paso en mi cerebro.

Durante media hora más, Lizza Barlow me contó algunas cosas ciertamente interesantes.

Eran las tres de la madrugada cuando abandonamos el apartamento. Ofrecí mi coche a la rubia, pero ella prefirió abandonar Canal Street en el deportivo «Alpha Romeo» que había visto a mi llegada.

CAPÍTULO VIII

Estaba soñando con una playa salvaje, situada en lejanas tierras, rodeada de palmeras y cocoteros. Tomaba el sol apaciblemente, recreándome en la visión de la rubia venus en bikini que bailaba cadenciosamente un *huía*, moviendo las caderas de forma mareante.

Se acercó y sus finas manos me acariciaron el rostro con suavidad de brisa.

Un escalofrío de intenso placer recorrió mi cuerpo al sentir sobre mis mejillas la caricia.

Miré a la rubia hurí con ansia. Y Lizza Barlow me dirigió una sonrisa capaz de derretir un témpano...

Y entonces, maldita sea, me despertó el sonido desagradable de un zumbador.

Me incorporé, loco de cólera contra la persona que había interrumpido en mi subconsciente aquella visión de ensueño.

Creyendo que era el teléfono, largué un manotazo tan brusco que el auricular se escurrió y quedó colgando.

Lo agarré, sin dejar de renegar contra el importuno que acababa de despertarme:

—Diga... Diga lo que sea antes de que...

Debí poner una expresión de estupidez supina al darme cuenta de que no era el teléfono lo que me había despertado.

Porque el zumbido continuaba oyéndose, intermitentemente.

—Alguien está en la puerta —murmuré. Y busqué mis zapatillas a tientas debajo de la cama.

El espejo del pequeño armario me devolvió una imagen absurda de mí mismo. Había enviado mis pijamas a la lavandería el día anterior. Resumiendo: cuando llegué de madrugada me puse uno de Ted.

Bien, la chaqueta dejaba al aire mi estómago peludo y el

pantalón me llegaba tres dedos por debajo de la rodilla. Si no solté una carcajada se debió, sin duda, a que estaba todavía tan adormilado que mi sentido del humor permanecía todavía aletargado en el fondo de mi subconsciente.

Sin preocuparme de buscar un batín, salí del dormitorio. El zumbador de la puerta continuaba sonando, aumentando notablemente mi lógico malhumor.

No hice más que abrir la puerta, cuando aquellos dos tipos se colaron de rondón, sin molestarse en saludar.

«Dificultades», pensé, recordando el asalto sufrido la tarde anterior en la calle. A Buddy le cosieron el pecho a balazos, desde la ventanilla de un «Cadillac»... ¿No serían mis visitantes los mismos que nos recibieron con una ráfaga a la puerta de casa?

Mis pensamientos se habían producido a una velocidad suficientemente rápida para hacerme comprender que me encontraba totalmente despierto.

Miré a aquellos dos hombres, con la mano todavía apoyada sobre el tirador de la puerta.

Los dos tenían características parecidas: altos, fuertes, fornidos, rostros herméticos y mirada dura. Pero no tenían el inconfundible aspecto que suele caracterizar a los pandilleros.

Estaban dedicados a admirar las curvas de la «Cleofé» que Ted exhibía orgulloso en aquella pintura que le había regalado un amigo de Nueva York.

Me molestó que me dedicaran tan escaso interés, a pesar de lo pintoresco de mi aspecto.

—Buenos días, señores —murmuré avinagradamente—. Es la hora del desayuno. ¿Café, té o chocolate?

Se volvieron los dos en el momento en que cerraba la puerta con cierta brusquedad.

—¿John LeRoy Du Maurier? —Era el mayor de los dos el que preguntaba. Un tipo a lo Burt Lancaster, cuarentón, con las facciones talladas en granito.

—Long-John para los amigos, señores. Si me dicen enseguida lo que desean, es posible que se eviten salir de esta oficina violentamente. Aunque les sorprenda, esto no es ninguna sala de espera de un club de desocupados.

El más joven de mis dos visitantes apartó su vista de las tapas de

los expedientes que podían verse en el mueble-archivo y se volvió hacia mí con una leve sonrisa:

—Es usted excesivamente belicoso,

Long-John.

Y no va a arrojar violentamente a nadie.

No, no eran *gánsteres*. El más joven había empleado un tono correcto y firme. Y los pandilleros suelen salpicar sus frases de las palabras que integran la jerga habitual en los delincuentes y presidiarios.

En cualquier caso, el de las facciones duras se encargó de disipar mi incertidumbre. Cuando se acercó a mí, en su diestra había una placa esmaltada.

Tengo buena vista y pude leer antes de que la guardara aquellas palabras: «Federal Bureau of Investigados. Department of Justice».

—Soy el inspector Spencer Wiran, del FBI. Mi acompañante es el agente especial Marck Stevens.

Me quedé parado. ¿En qué lío me había metido para suscitar el interés del poderoso FBI?

—Siéntense, por favor. Voy a vestirme enseguida. Contestaré a las preguntas que quieran hacerme —dije. Y la verdad es que no me sentía, muy bien, aguantando las miradas críticas de los dos federales.

Me dejaron ir, mientras continuaban examinando el despacho, mueble por mueble y objeto por objeto.

Cuando volví, ya vestido decentemente, aguardaban aún en pie, esperándome. Me molestaban aquellas miradas inquisitivas, profundas, que parecían acusar constantemente.

—Siéntese, LeRoy. Tenemos interés en que nos cuente todo lo que le dijo Robert Barlow ayer, a esta misma hora.

Me senté sobre una silla, tratando de contemporizar:

—Pues verán: ¡Barlow llegó aquí preguntando por Ted!

Mannery, mi jefe.

—Todo eso nos lo dijo ya Burley. No se haga de nueva: LeRoy, queremos saber exactamente lo que le dijo Barlow.

No había concesiones. El inspector Wiran hablaba lentamente, con la seguridad del que sabe el terreno que pisa.

Así que comencé a contar, palabra por palabra, cuánto había hablado Barlow, confundiéndome con Ted.

Stevens, aquel guapo muchacho con apariencia de agente Flint, se mostró vivamente impresionado cuando mencioné a Jean Lamaire.

—¿Está seguro de que Barlow disparó sobre Lamaire?

—Como comprenderá, no hago más que repetir el relato del pobre muchacho. Según Barlow, arrastró el cadáver del francés, lo metió en su coche y lo arrojó al río, a la altura del French Market.

—Continúe, LeRoy —dijo Wiran con voz monótona.

—Se marchó antes de que pudiera deshacer el malentendido. El cheque por dos mil dólares me obligaba de alguna forma a ayudar a Barlow. Así que fui a visitar al teniente Burley...

Wiran y Stevens seguían mis explicaciones con un interés tan marcado que me sorprendió. Deliberadamente evité hablar de mi encuentro nocturno con Lizza Barlow, porque aquel incidente revestía para mí el aspecto de una aventura con variados matices íntimos.

—Escuche atentamente, LeRoy —me dijo el inspector Wiran cuando hube terminado mi relato—. Es de suma importancia que no nos oculte nada de lo que haya podido averiguar por su cuenta.

—En realidad, les he dicho cuánto sé. Pero el caso no me parece tan importante como para que los hombres del Bureau se ocupen de él —comenté ingenuamente.

Se consultaron los dos con la mirada. Por mi parte, simulé estar distraído en la contemplación de las lindas curvas de la «Cleofé» de Ted Mannery.

—Voy a hablarle claramente, LeRoy. Le advierto de la conveniencia de no repetir una sola palabra de las que va a oír de mis labios. En caso contrario, el programa espacial de Estados Unidos de América se vería gravemente amenazado.

Debí expresar en mi cara toda una gama de las más variadas muecas que pueden expresar estupidez, al escuchar aquellas palabras.

«Programa espacial, gravemente amenazado, etc., eran palabras demasiado impresionantes para mí, que trataba de solucionar, siquiera chapucemente, un simple caso de homicidio, o de asesinato, cuando más».

Pero el inspector Wiran estaba hablándome ya y el interés se antepuso a toda otra sensación:

—Sabemos muchas cosas acerca de Jean Lamaire y algunas relacionadas con Robert Barlow, muchacho. También conocemos a Jane Dupont. Desde hace unos meses, Lamaire y su muchacha, Jean Dupont, han sido vigilados discretamente por el servicio de contraespionaje. Se trata de dos espías internacionales, ¿comprende ahora, LeRoy?

—Comprendo... que me he metido hasta el cuello en el follón más complicado que pueda elaborar la mente de un novelista loco.

Me miraron los dos con conmiseración, aunque también había una pizca de simpatía por mí en sus expresiones.

—Nada tiene que temer, LeRoy, si es sincero con nosotros. Es preciso que comprenda la magnitud del problema. El programa «Apolo XII» está en marcha. La fecha de lanzamiento será el 14 de este mismo mes. Pero hay alguien empeñado en que el proyecto fracase.

Según Wiran, el FBI había seguido de cerca las relaciones de Robert Barlow con Jane Dupont. Sospechaban que Barlow hubiera confiado a la Dupont algunos de los secretos del sistema electrónico que gobernaba los *Lem* o módulos lunares.

—Hace solamente unos días, los ingenieros de la NASA comprobaron que el circuito electrónico del mecanismo de descenso en la superficie lunar había sido alterado a propósito. Alguien había maniobrado en la Instalación con el propósito criminal de que el *Lem* se estrellara sobre la Luna, LeRoy.

—Pero..., no acierto a comprender qué relación puede tener ese muchacho, Barlow, con ésa avería en el *Lem*, inspector —murmuré, sobrecogido por la gravedad de la revelación.

—Barlow había trabajado en el montaje del ingenio. Y conocía, pieza por pieza, el sistema electrónico de descenso, LeRoy. Fue despedido por cometer irregularidades en su tarea. Para nosotros es el sospechoso número uno.

—Era, inspector —musité con un hilo de voz. Y me dispuse a confesar mi descubrimiento nocturno en el apartamento de Robert Barlow. Sin embargo, habilidosamente, logré callar mi encuentro con la bellísima Elizabeth Barlow.

Era mi secreto.

CAPÍTULO IX

—¡Dios...! —murmuró Marck Stevens cuando paré de hablar—. Si fuera cierto que Jean Lamaire ha muerto, nuestros problemas se habrían simplificado. Sin embargo, después de su revelación, esa esperanza ha terminado.

Los dos federales pronunciaban el nombre Lamaire como si se tratase del mismísimo diablo. Me intrigaba aquella circunstancia y así se lo hice saber al inspector Wiran.

—Jean Lamaire es un tipo escurridizo y peligroso, LeRoy. Hábil transformista, es capaz de aparecer con un aspecto distinto en cada momento. Sin embargo, hay algo inconfundible en él: su tono nasal, netamente francés.

Aquello me hizo recordar lo que Buddy Flanagan me había confesado en aquel mismo despacho la tarde anterior: la persona que le encargó el asesinato de Barlow hablaba con acento nasal, como un se lo dije a los federales. Y fue Stevens el que habló en primer lugar, francamente excitado:

—¡Está claro! Ahora lo comprendo todo. He aquí mi hipótesis: Si Lamaire encargó a Flanagan la muerte de Barlow, es razonable que esté vivo. Lamaire solamente se propuso hacernos creer, mediante la confesión de su «asesino» Barlow, en su muerte. Desaparecido Lamaire, nadie se preocuparía de vigilar sus pasos.

—Hay algo que se opone a eso, señores —me atreví a interponer—. Suponiendo que Jane Dupont cambiara los proyectiles de la pistola de Barlow por simples balas de fogueo, ¿cómo se entiende que a la mañana siguiente el mismo Lamaire encargara a Buddy Flanagan que diera muerte a Barlow, facilitándole los detalles más imprescindibles para que el asesinato pareciera un vulgar suicidio?

—Lo comprenderá enseguida, muchacho —dijo Wiran sin pestañear siquiera—. Hemos comprobado que Barlow visitó el precinto policíaco. Sin embargo, debió arrepentirse en el último

momento y volvió a salir. No llegó a hablar con el teniente Burley, y volvió a su casa. Gente al servicio de Lamaire le vigilaba, comprobando sus pasos. Si le digo que Jean Lamaire controla una poderosa organización de espionaje, comprenderá que mi razonamiento es válido.

—Los hombres que siguieron a Barlow desde este despacho, pensaron que el muchacho había hecho su confesión a la policía. Es posible que dedujeran que Barlow había conseguido la libertad bajo fianza. —Stevens hizo una pausa para recuperar la respiración y tragó saliva.

—Y en tal caso, si habían conseguido de Barlow la información que necesitaba, Lamaire decidió que eliminarlo sería lo más conveniente. Barlow había sido despedido de su empleo en la NASA, su porvenir se había hundido... El suicidio no extrañaría a nadie —completó el inspector Wiran.

—¡Fantástico! —exclamé excitado—. Lamaire elaboró su plan fríamente, con astucia increíble.

—Los criminales más notables cometen un error, LeRoy. Y en el caso de Lamaire, el error es patente: dar por hecho que Barlow había confesado su crimen a la policía y olvidar las balas de fogeo de la pistola de Barlow.

Confieso que iba de sorpresa en sorpresa. Para mí era fantástico comprobar que en la vida real pueden suceder hechos que difícilmente podría imaginar la mente más calenturienta.

—Barlow no pudo maniobrar en el Lem —siguió Wiran—. La zona de experiencias está cuidadosamente vigilada, es decir, resulta inaccesible para cualquier intruso. He hablado con míster Hogan, el ingeniero jefe, y afirma que la hábil alteración del sistema había sido realizada de forma que no se apreciase a simple vista. Por fortuna, el director del programa decidió poner en funcionamiento todos los aparatos. De no haber ocurrido así las cosas, los astronautas se hubieran estrellado contra la Luna y el programa hubiera resultado un fracaso catastrófico.

—¿Quién maniobró en el sistema, entonces? —pregunté.

—Estamos dedicados a descubrir a ese hombre, LeRoy. Por eso le hemos interrogado. Cualquier dato, por pequeño que sea, puede servir de mucho a nuestra investigación.

—Bien... Les he contado todo cuanto sé. Todo lo que he sabido

en el plazo de veinticuatro horas.

—Se ha comportado juiciosamente, LeRoy. Escuche, no voy a ordenarle que abandone el caso Barlow. Burley me dijo que usted no tenía licencia, pero pasaremos el detalle por alto. Hay algo, sin embargo, que quiero advertirle.

Lamaire no vacila en asesinar a cualquiera que le estorbe. Le habríamos detenido ya, de saber dónde se oculta. Pero Nueva Orleáns es una ciudad muy grande y Lamaire dispone de recursos suficientes para ocultarse.

Se dirigieron los dos a la puerta, saludándome con un ademán. Antes de desaparecer, Spencer Wiran se volvió hacia mí:

—Tenga cuidado, LeRoy. Cualquier persona que se relacione con Lamaire supone un peligro para él, y no dudará en asesinarle si sabe que ha hablado con nosotros.

No era ningún consuelo, maldita sea. Sin comerlo ni beberlo me veía metido en un peligroso asunto de espionaje, con la posibilidad de perder violentamente mi querido pellejo.

Me levanté de la silla y fui al frigorífico.

Lo mejor en un caso así era el remedio que me había enseñado Ted Mannery. Es decir, una botella de ginebra.

Y comencé a reflexionar. En realidad, nada me obligaba a continuar haciendo oposiciones a cadáver. Y si seguía con mis indagaciones lograría una plaza en el cementerio, sin duda.

Estaba el cheque por valor de dos mil dólares que me había entregado Bob Barlow. Y una cierta dosis de amor propio. Ted me había asegurado que lograría ayudar a Barlow...

Pues bien, seguiría adelante, como fuese.

Media hora más tarde estaba solicitando una conferencia con Honolulu, tras de poner en práctica mi conocimiento de la sicología femenina.

Cuando la telefonista me anunció que tenía línea con el Hotel Kalakaua agarré la botella y bebí un buen trago.

—¡*Aloha!*!, ¿eres tú,
Long-John?

—Sonó la voz de Ted Mannery.

—¡Alo..., al diablo con los saludos hawaianos, Ted! Perdona, pero el caso Barlow me trae de cabeza.

—Serénate, muchacho. Y cuéntamelo todo. Susan está tomando

el sol en la playa y yo he preferido tomar una copa en el bar del hotel.

Le hablé sin pausa durante veinte minutos. Ted me interrumpía de cuando en cuando, recordándome que la cuenta de gastos generales iba a ascender hasta el Empire State a base de conferencias.

—¡Caray, chico! Nunca pude suponer que tu trabajo iba a embarullarse de ese modo. Mira, será mejor que lo dejes. Los del FBI se ocupan de todo, de forma que..., ¡santas pascuas!

Me quedé de piedra. Había confiado en que Ted me alentase y ahora... Y, sin embargo, debía deducir que cuando Ted me aconsejaba que dejase el asunto, ello se debía a que no arriesgaría dos centavos por mi pellejo si me empeñaba en continuar adelante.

Y me empeñé. No sólo porque el rostro angustiado de Barlow me había impresionado treinta horas antes. Estaba también Elizabeth Barlow, su hermana. Me atraía aquella muchacha como el imán al hierro.

—Seguiré adelante, Ted. Contra viento y marea. Escucha, jefe, estoy descubriendo que mi vocación es la de detective privado, ¿comprendes?

—¿Estás loco,
Long-John?

Te expones a que tengamos que comprarte un traje de pino, ya me entiendes. No hablarás...

—¡*Aloha!*, amigo. Recuerdos para Susan —y colgué.

Me había pasado la mañana sin tomar un solo bocado y sentí hambre.

Por cierto, la cena que me preparó Giorgio la noche anterior resultó excelente. Así que me decidí a hacerle una nueva visita.

Saqué el «Ford» de Worry Lane, ansioso por probar la sustanciosa comida italiana de Giorgio Aureli.

No había hecho más que empujar la lámina de cristal de la puerta, cuando mi vista tropezó con aquellos tres tipos. Estaban sentados en una mesa cercana a la barra y vestían trajes de colores chillones, excesivamente anchos.

—Gavilanes —murmuré. Y sus rostros me recordaron algo.

Pero Giorgio debió verme junto a la barra y vino hacia mí, distrayendo mis pensamientos:

—¡*Benvenuto, caro amico! Mi piace* volver a verte,
Long-John.

Tu vuelta significa que te gusta mi comida.

—Puedes jurarlo, Giorgio, viejo amigo. Dame un «Martini» y vuelve. Quiero preguntarte algo.

—*Prestissimo, torno súbito.*

Giorgio conocía mis gustos, lo que demostró sirviéndome el vermouth en una copa fina, con una hojita de yerbabuena, en lugar de limón.

—Escucha, Giorgio. Me interesa saber quiénes son los tres tipos sentados en aquella mesa.

Los señalé discretamente con la barbilla y Giorgio no necesitó más:

—Ah, *questi...* Gente de Ron Chapman... Pistoleros, mala gente, *amico.*

Conocía a Chapman de vista. Y había oído decir muchas cosas puercas de él, la inmensa mayoría ciertas, por desgracia.

Ron Chapman era un *gánster* encumbrado. Un tipo listo que se embolsaba puñados de dólares sin exponer nada, porque sus hombres realizaban por él cualquier trabajo, por puerco que fuese.

A Chapman lo mismo se le podía encargar un asesinato que el asalto a una compañía exportadora o una masacre en cualquier oscuro sótano.

La policía le había echado el guante en un par de ocasiones. Vano intento, porque Chapman podía pagar cincuenta mil dólares al mejor abogado criminalista, y, por otra parte, se cuidaba siempre de cometer errores de bulto.

—*Bene,*

Long-John.

¿Quieres comer en la barra o adentro? —me preguntó Giorgio, que había olvidado ya la cuestión.

Preferí hacerlo en mi rincón preferido, al fondo del local.

Poco después, Giorgio me servía personalmente unos excelentes *caneloni alio Milano*, asado de pato y una botella de vino tinto, espeso y fuerte.

La apetitosa comida logró hacerme olvidar a los pandilleros de Chapman.

Apenas pude percibir su llegada. Cuando les vi estaban los tres rodeándome, las manos metidas en los bolsillos de forma harto elocuente, y una sonrisa fachendosa en la cara.

Uno de ellos se colocó a mi espalda, apoyando la izquierda sobre el respaldo de mi silla:

—Buen provecho, LeRoy. Voy a permitir que termine de comer, pero dese prisa. Tiene que acompañarnos.

El asado de pato se me atragantó en la garganta al sentir el contacto del frío cañón de su pistola en mi nuca.

Intenté terminar mi comida, pero ¿quién puede masticar apaciblemente mientras un *gánster* mantiene el índice apoyado sobre el gatillo de un arma, a cuatro pulgadas de su cráneo?

Mi voraz apetito se evaporó más que aprisa.

—¿Quién... quiénes son ustedes? —A mi mismo me pareció estúpida la pregunta, ya que conocía perfectamente a aquellos tipos, sin necesidad de conocer sus nombres ni pedirles la tarjeta de identidad.

El más alto de los dos que tenía enfrente me enseñó sus podridos dientes en una sonrisa asquerosamente irónica:

—Unos amigos, muchacho. Vamos a llevarte de paseo, para que puedas hacer bien la digestión.

Los otros dos le rieron la gracia a carcajadas. Pero el pandillero que tenía detrás se cansó de esperar enseguida:

—Está bien, se terminó la comida, LeRoy. Póngase en pie y no haga tonterías. Voy a guardar la pistola en el bolsillo. Pero no se haga ilusiones: dispararemos si hace el menor movimiento sospechoso.

No eran tres angelitos, estaba claro. Y se me puso la carne de gallina pensando en la advertencia del inspector Wiran: «Lamaire no vacilará en matar a cualquier persona que se haya relacionado con Barlow».

Me incorporé, tratando de encontrar una salida desesperada a mi situación. Tonterías, porque los tres pandilleros debían haber realizado docenas de veces aquellos «paseos» y estaban en guardia.

En fin, había llegado mi hora, estaba claro. Eché a andar hacia la salida y me puse a pensar en Lizza Barlow, en Ted y en Susan, en Giorgio...

¡Giorgio! Era la única salvación.

Miré hacia la barra. Mi amigo italiano se movía con su habitual presteza, sirviendo a sus numerosos clientes. Junto a él, Giovanni, el ayudante de Giorgio, un corpulento calabrés de rizada cabellera oscura, servía crema de café a una gruesa señora.

Me detuve un instante, tratando de hacerles comprender mi situación, haciendo mil visajes con las cejas, los labios y los ojos. Sólo conseguí que un caballero que se sentaba sobre un alto taburete se equivocase conmigo.

—¡Indecente! —Oí que exclamaba—. ¡Hacerme a mi proposiciones de esa clase...!

Era para troncharse a carcajadas, de no ser porque llevaba la muerte a mis espaldas.

Una pistola se clavó en mis riñones y me sentí violentamente impulsado hacia adelante.

Estábamos muy cerca ya de la puerta. Mi última esperanza se había evaporado: ni Giorgio ni Giovanni habían podido captar mis desesperadas señas, empeñados en atender las peticiones de su numerosa clientela.

Fue el momento en que la idea me golpeó el cerebro tan bruscamente como si hubiera tropezado con un muro de piedra berroqueña.

—¡La cuenta! —grité estentóreamente, mirando hacia la barra—. Tengo que pagar la cuenta.

CAPÍTULO X

Aquello significó mi salvación, por absurdo que pueda parecer.

Porque Giorgio miró hacia la puerta y de un vistazo comprendió mi situación. La expresión de mi rostro y la presencia de los pistoleros de Chapman fue suficiente para él.

Vi cómo saltaba la barra ágilmente y se lanzaba hacia mí, con una fingida expresión de mal humor.

Empujando desenfadadamente a los *gánsteres*, me agarró sin delicadeza por las solapas y comenzó a achucharme contra la puerta, sin cesar de lanzarme denuestos.

—Ah, *porco ladro, mariulo*, sinvergüenza, estafador... —gritó, mordiendo las palabras—. ¿Querías marcharte *sir* pagar, maldito?

Los tres pistoleros permanecían ligeramente apartados confusos, perplejos, incapaces de reaccionar ante el inesperado incidente.

Giovani había abandonado la barra y venía también hacia la puerta, remangándose la camisa.

—Sinvvergüenza... Te voy a enseñar a ti, bastardo, a lo que se exponen los tipos como tú —me lanzó a la cara mirándome con tanta belicosidad que estuve a punto de creerme que lo había tomado en serio.

De un empujón, Giovani apartó a Giorgio y me rajó la camisa de un zarpazo.

Bueno, Giovani era algo más bajo que yo, pero debía pesar unas cincuenta libras por encima de mi peso. Sus brazos, enormes, velludos, parecían muslos.

—Déjamelos, Giorgio. Sé muy bien cómo tratar a esto timadores.

Mientras me sujetaba con la mano izquierda, levanto el brazo derecho con intención de aporrearle. Ya veía su inmenso puño abatirse contra mi rostro, cuando Giovani echó el brazo atrás con fuerza.

El violento revés golpeó de lleno a dos de los hombres de

Chapman, tirándoles contra la cercana pared. El tercer fue a sacar la pistola del bolsillo, pero Giorgio estaba vigilándole y le arreó un cabezazo en la cara que le partió el caballete de la nariz y le dejó bailando media dentadura.

Sonreí. Y de pronto vi el extintor de incendios colgad de la pared.

Giovani estaba «anestesiando» a uno de los pistoleros, pero aquel tipo de los ojos sin pestañas se revolcaba en el suelo con la intención de agarrar la pistola, que había resbalado de sus dedos.

No le dejé llegar a hacerlo. Invertí el extintor y un potente chorro de espuma salió silbando. Aquel tipo tenía la boca entreabierta y la espuma contra incendios debió llegarle hasta la garganta.

Lo rocié materialmente de espuma, convirtiéndole en un monigote grotesco.

—¡Eh,

Long-John!

—me gritó Giorgio—. Dale una ración de pasta a éste: acaba de arrojar media docena de dientes.

Reí a carcajadas, liberando la tensión nerviosa, mientras convertía al *gánster* en un auténtico merengue.

Cuando terminé, Giovani me quitó el extintor y se lo enchufó en la boca al tercero, hasta que el pandillero berreó, atragantándose.

Me dio pena mirarles. Los tres impresionantes *gánsteres* tenían un aspecto tan ridículo, que los clientes que presenciaban el incidente reían a mandíbula batiente, contemplándoles.

¡Dios!, he de reconocer que me divertí a lo grande, después de haber pasado un susto de muerte.

Palmeé la ancha espalda de Giovani, que seguía vigilando a los pandilleros, amenazándoles con el chorro del extintor, y estreché la mano de Giorgio.

—Gracias, Giorgio. Sabía que podía confiar en vosotros. Esos tipos pretendían darme el «paseo».

—Oh, no hay por qué,

Long-John.

Me he divertido muchísimo. *Ma...* ¿qué significa...? ¿Alguna dificultad?

—¡Y gorda, Giorgio! Te hablaré de ello cuando tenga tiempo.

Ahora voy a hacer una llamada telefónica.

Me trajo el teléfono sin hacerme más preguntas y marqué el número que Spencer Wiran había anotado en mi agenda, para ser utilizado por mí en caso de emergencia.

Fue Marck Stevens quién se puso en comunicación conmigo. Le conté sumariamente lo que me había ocurrido y oí su risa al otro lado del hilo.

—Muy original su método de atrapar malhechores,
Long-John.

¿Me permite que tome nota por si necesito utilizarlo alguna vez?

—No tengo inconveniente, Stevens. Por mi parte no pienso patentar el procedimiento —me chanceé.

—Está bien. ¿Dónde se encuentra? Estaré ahí dentro de unos minutos.

Se lo dije. Y efectivamente diez minutos después, un automóvil se detenía ante Bill Lucano. Marck Stevens entró en el restaurante, seguido del teniente Burley y dos policías de uniforme.

—De nuevo metido en líos, ¿eh, LeRoy? —comentó con una risita.

Me tomé la revancha ignorándole olímpicamente. Marck Stevens dirigió un divertido vistazo a los tres pandilleros y a Giovanni y vino hacia mí.

—¿Cómo ocurrió,
Long-John?

—Y una sonrisa burlona se extendió en sus labios, mientras Burley me miraba como si quisiera fulminarme.

—Me amenazaron con sus pistolas mientras comía y me obligaron a acompañarles. Afortunadamente...

Les relaté el truco de que me había servido para llamar la atención de Giorgio, y la ayuda decisiva que me habían prestado él y Giovanni.

—Son tipos al servicio de Ron Chapman. Giorgio los conoce —añadí.

—¿Eso es todo, LeRoy? —Era Burley el que me preguntaba—. ¿Está seguro de que no olvida nada?

—¿Qué podía ocultar, teniente? Supongo que Jean Lamaire sabe a estas alturas que Bob Barlow estuvo hablando conmigo. Seguramente le encargó a Chapman que sus hombres me liquidaran.

—Escapó de una muerte segura,

Long-John

—exclamó Stevens, mirándome con franca simpatía—. Cuídese, a parir de ahora su vida corre peligro.

No era darme ánimos precisamente, aunque le agradecí sus palabras por el interés hacia mí que demostraba.

Los agentes de Burley habían sacado ya del local a los *gánsteres* de Chapman.

—Véngase con nosotros, LeRoy —me instó Burley—. Quiero que firme la denuncia contra esos tres hombres.

—De poco servirá, teniente —interpuso Stevens, indiferente—. No logrará arrancarles una confesión: de sobras saben que si permanecen mudos, Chapman se encargará de ponerlos en libertad. Sus abogados conocen todas las argucias imaginables para estos casos.

Pagué a Giorgio mi comida y añadí cinco dólares de propina.

—*Tante graizie*,

Long-John.

Los emplearé en recargar extintor. Es posible que vuelva a hacerme falta. Hay tantos pandilleros por ahí...

Volví a repetirles mi agradecimiento y salí con el federal y el teniente Burley.

En el precinto policiaco, Burley hizo redactar una denuncia en regla. Me permitió leerla y la firmé.

—En buena se ha metido, muchacho. Le veo en la «nevera», LeRoy. Lamaire no perdona, es un tipo sanguino, cruel. ¿Puedo hacer algo por usted? Estoy pensando que lo mejor para usted sería ocupar una celda del precinto hasta que pase el peligro.

Rehusé su «ayuda» sin darle las gracias. Prefería afrontar el peligro cara a cara. Y no era la primera vez que un hombre moría asesinado en una celda.

Burley me despidió con una mirada conmisericordiosa que me sentó como una patada en el estómago.

Mis pensamientos no eran demasiado alegres cuando abandoné los pasillos de la estación de policía.

Afortunadamente, Marck Stevens estaba esperándome dentro de su coche y su expresión amistosa me animó.

—Me es usted simpático,

Long-John.

Me disgustaría que le metiesen unos cuantos balazos en el cuerpo, sin que tenga posibilidad de defenderse. ¿Tiene algún arma?

Extendí las manos, mostrándole las palmas:

—Estoy limpio. La verdad es que hace cuarenta y ocho horas no me hubiera ocurrido pensar que iba a necesitar una pistola. Ahora...

Abrió el secreter del panel de instrumentos y sacó una «*Parabellum*» imponente.

—Voy a prestarle esta pistola,

Long-John.

¿Ha manejado armas en alguna ocasión?

Denegué con la cabeza.

—Bien, es fácil. Esto es el gatillo, se oprime después de bajar esta palanquita y sale una bala. Si quiere volver a disparar, aprieta de nuevo el gatillo.

Reía, enseñando la blanca dentadura, con una chispa de ironía en los ojos. Pero su sonrisa era franca, sin segundas, como la Burley.

Tomé la pistola en mis manos, la miré un momento y me la guardé.

—Voy a hacer algo más por usted,

Long-John:

tramitarle una licencia para la pistola y un permiso provisional de la policía para ejercer la profesión de detective privado. Así se sentirá más protegido.

Farfullé, emocionado, algo ininteligible. Al fin pude pronunciar una frase completa:

—Stevens... ¿sabe usted que cumplí condena por robo?

—Desde luego. Burley me puso al corriente de ello. Y añadió algo: que usted cumplió esos tres años en prisión, cuando la condena correspondía a un sinvergüenza llamado Buddy Flanagan.

Caramba, no era tan duro Burley como pretendía aparentar siempre. Aquel detalle terminó de reconciliarme con el teniente de la policía.

—Gracias, Stevens. Volveré a la oficina.

—Suba, tengo tiempo libre. ¿Adónde le llevo, a su despacho?

—Tengo el coche de Ted Mannery junto al Bill Lucano. Será mejor que me deje allí.

Unos minutos después frenaba ante el restaurante de Giorgio

Aureli. Antes de bajar, miré a Stevens y le pregunté:

—¿Por qué se porta tan condenadamente bien conmigo, Marck? Sólo me conoce desde hace unas horas.

Volvió a sonreír y me dio una palmada en la espalda:

—Voy a confesarle un secreto,

Long-John.

Yo también robé en una ocasión, cuando era un jovenzuelo. Rompí la puerta de una tienda y me llevé quinientos dólares. No fui a la cárcel, pero cumplí seis meses en un reformatorio. Allí comprendí mi error y decidí hacerme policía. Unos años más tarde ingresé en el FBI. Adiós,

Long-John,

guárdeme el secreto.

Estreché su mano con fuerza y le vi marchar. Luego crucé la calzada hasta el lugar donde estaba aparcado el «Ford-Cortina».

Tiré de la portezuela y me senté tras el volante.

Olfateé, intrigado. El interior estaba impregnado de olor a tabaco rubio.

Y yo no fumo.

Curioso.

Alguien había estado fumando dentro del automóvil. ¿Un ladrón de coches, acaso?

Era una idiotez pensar tal cosa, puesto que la llave de contacto estaba puesta.

Caray, ahora recuerdo aquel momento y se me pone la carne de gallina. Porque muy cerca de mi anduvo rondando la Descarnada en aquella ocasión.

Todavía desconcertado, giré la llave y puse el motor en marcha. El coche de Ted es nuevo y el motor, al ralenti, apenas se oye.

Lo que sí pude percibir fue un metálico tic-tac.

Sin detenerme a pensar a qué se debía el misterioso ruidito, empujé la portezuela y salté afuera, golpeando el duro asfalto con mis huesos.

Un «Pontiac» color verde frenó estridentemente, dos yardas antes de convertirme en picadillo. El hombre que le conducía bajó del coche y se acercó, solícito, a auxiliarme.

Debí pensar que acababa de escaparme de un manicomio.

Porque salté sobre él súbitamente y le empujé por los hombros derribándole tras su automóvil.

La explosión fue tan potente que desplazó algunas pulgadas al «Pontiac».

A gatas, avancé unos pasos y miré hacia el «Ford-Cortina»; se había convertido en una chatarra candente, cubierta de llamas.

Me santigüé, estremecido, pensando en la piltrafa que sería mi cuerpo de no saltar fuera del «Ford» a tiempo.

Me incorporé y di la mano al conductor del «Pontiac» ayudándole a alzarse del suelo. El pobre hombre me miraba con tal expresión, que rompí a reír a carcajadas.

Sin embargo, dejé de reír bruscamente. Los escaparates de la tienda más cercana habían volado en pedazos y de los restos ardientes del «Ford» salía una columna de humo negruzco.

Se me ocurrió que lo más urgente para mí era conseguir un seguro de vida. Por desgracia, ninguna compañía aseguradora querría exponer una póliza a nombre de un tal John LeRoy Du Maurier.

Era demasiado arriesgado.

CAPÍTULO XI

El chirrido de los frenos de un coche-patrulla ahuyentó mis fúnebres pensamientos.

Varios agentes se apearon con prisas y echaron una ojeada a los restos del automóvil. Por mi parte, acababa de reconocer a Carpenter, el policía que me detuvo junto al cadáver de Buddy Flanagan.

Me vio enseguida y debió pensar que yo tenía algo que ver en el accidente. Y comenzó a disparar preguntas, con aquella voz suya, levemente irónica.

—El coche era de Ted Mannery, mi jefe. No tiene que preocuparse, Carpenter, la compañía de seguros le comprará uno nuevecito. Y pagará los cristales rotos —le informé, con desgana.

—Sí, ¿eh? ¿Qué tiene usted que ver en el asunto?

Se lo expliqué, ante el sorprendido dueño del «Pontiac» que me miraba con más interés que a un marciano.

—Ha tenido suerte, LeRoy —comentó él muy... gracioso de Carpenter—. ¿Cuál es su flor preferida?

¿Pretendía decirme mi horóscopo para la semana? Carpenter era un hombre chistoso y todo podía esperarse de él.

—Los gladiolos morados —contesté, imperturbable.

—Van muy bien con el color de su porvenir, LeRoy. Le enviaré una corona de gladiolos morados, descuide.

Yo le envié... al cuerno, con perdón. Y me metieron a la fuerza en el coche-patrulla.

Burley acababa de regresar de almorzar y debió indigestársele el pollo al verme de nuevo en el precinto:

—¿Es que no sabe hacer otra cosa que meterse en líos, LeRoy?

Si no hubiera sabido que en el fondo era un tipo honrado, le hubiera contestado algo gordo. Tomándome las cosas con calma, contesté:

—Debo tener esa vocación, teniente.

—¿Cómo se atreve...? —exclamó, apretando las mandíbulas con tanta fuerza que su dentadura postiza se desencajó y hubo de colocársela de nuevo con el índice y el pulgar.

—Usted me preguntó, teniente. No fui yo quien puso la bomba en el coche de Mannery, compéndalo.

—Está bien —farfulló, cuando hubo recuperado la calma—. Carpenter escuchará su declaración y formulará la denuncia. Intento de asesinato. Firme y márchese.

Giré sin añadir una palabra y me encaminé a la puerta. Estaba cerrándola por fuera, cuando Burley me llamó:

—Lo siento, muchacho. Mi ofrecimiento sigue en pie: puede ocupar una celda desde ahora mismo, si lo desea. Tenga en cuenta...

No quise continuar escuchándole y cerré con un portazo. Hay chistes que en ciertos momentos suscitan la idea del homicidio, pero no la carcajada.

Carpenter dictó el atestado a una mecanógrafa con gafas que parecían lentes de telescopio. Firmé y pedí una copia para la compañía de seguros.

Una vez hube abandonado el precinto, tomé el *bus* y me dirigí a Bellevue Street.

—Míster Horace Peterson llegará a las tres en punto —me informó su secretaria, una rubia pechugona, con «patas de gallo» junto a los ojos.

Me invitó a sentarme con voz melosa, insinuante. Pero yo no me sentía con humor para el galanteo. Y la rubia pasaba de la edad en que las mujeres me suscitan pensamientos románticos.

Peterson, el gerente de la compañía de seguros se presentó a las tres en punto y arrugó la nariz al ver la copia del informe de la policía.

—Accidente..., matrícula..., explosión..., Edward Mannery..., John LeRoy... —leyó a saltos, después de calarse sus gafas de miope—. ¿Tiene la autorización para usar el vehículo, señor LeRoy?

La busqué en mi cartera de documentos y se la metí por las narices.

—Bien... —carraspeó—. Pase a mi despacho, ha de firmar algunos formularios.

El muy... gerente me entretuvo casi dos horas, que empleó en rellenar unas docenas de formularios, hasta agotar exhaustivamente todos los datos que yo podía facilitarle.

Por fortuna la gestión se realizaría rápidamente, según me aseguró.

—Ultimaremos el expediente antes de veinticuatro horas, señor LeRoy. Podrá disponer de la indemnización a partir de mañana por la tarde.

Bien, al menos Ted Mannery podría disponer de un automóvil flamante cuando volviera de su luna de miel.

Cuando regresé de nuevo a la oficina eran las seis de la tarde.

Abrí la puerta y vi un sobre en el suelo. Lo tomé en mis manos y lo rasgué, impaciente.

Dos cartulinas resbalaron de entre mis dedos: una licencia de armas y una autorización del jefe de la policía de Nueva Orleans para ejercer legalmente la profesión de detective privado.

Marck Stevens había cumplido su palabra fielmente y en un tiempo récord.

Confieso que me sentí envanecido. Yo, un expresidiario, un tipo vulgar, un paria sin familia, estaba respaldado por un par de documentos en regla, podía ejercer el oficio de «pesquisas» con tanto derecho como el mismísimo Ted Mannery.

Contemplé las dos tarjetas casi con adoración. No había duda: mi nombre y mis apellidos figuraban allí. Y debajo una firma y un sello. Sólo faltaba pegar una fotografía en la licencia de investigador privado y me puse a buscarla, lleno de ilusión.

Estaba revolviendo mis escasas pertenencias personales en el cajón de la mesilla de noche, cuando sonó el zumbador del teléfono.

Volví al despacho y descolgué el auricular, pensando que se trataría de Lizza Barlow. La noche anterior, la chica me había dicho que iba a intentar seguir la pista de Jane Dupont y me prometió informarme del resultado de su indagación.

—¿Está al otro lado del hilo un imbécil a quien llaman John LeRoy? —Escuché que preguntaba alguien.

Mi primera reacción no pecó de timidez, precisamente. Durante un minuto largo contesté con una serie de insultos que hubieran hecho enrojecer a un oficial de la policía metropolitana de Nueva York.

Era lógico, puesto que inmediatamente pensé que aquella pregunta solamente podía hacerla alguno de esos gamberros que se dedican a utilizar el teléfono como válvula de escape a sus frustrados «egos».

Me había desahogado a gusto e iba a colgar, cuando las palabras que sonaron al otro lado del hilo me obligaron a seguir escuchando:

—Puede seguir despotricando, LeRoy. Los insultos resbalan sobre mi piel, impunemente. Ha tenido suerte, eso es todo. Pero la fortuna no seguirá acompañándole. Está perdido, LeRoy. Morirá esta misma noche.

Aquello no sonaba con el acento de una vulgar broma de gamberro, evidentemente, Y la voz de la persona que me hablaba sonaba con claro tono nasal:

—¿Sigue ahí, LeRoy? Sé que estuvo hablando con dos hombres del FBI. Incluso puedo decirle sus nombres: Wiran y Stevens. No sé qué pudo decirles, pero eso significa su sentencia de muerte. Recuerde, LeRoy: morirá esta misma noche.

—Es usted muy fanfarrón, señor Lamaire. Ya sabe el refrán: «Perro ladrador...». Los «gavilanes» que envió contra mí, vía Chapman, han fracasado. Están acusados de intento de asesinato. Por otra parte, me ha hecho un favor inmenso: la compañía de seguros me entregará un automóvil, flamante. Como puede apreciar, no puedo tomar en serio sus amenazas.

Lamaire murmuró algo parecido a *cochon*[1] y permaneció en silencio unos segundos. Al cabo, volví a escuchar sus palabras, pronunciadas lentamente, con ira reconcentrada:

—¿Cuál es su flor preferida, LeRoy?

Otro que quería informarme acerca de las particularidades de mi horóscopo. O, quizá, ofrendarme unas flores.

Acerté. Porque cuando le dije que me chiflaban los gladiolos morados, Lamaire me ofreció:

—Puede contar con una corona de gladiolos morados, LeRoy. Iré a depositarla personalmente sobre su tumba.

—Me fastidian los espías tan generosos como usted, señor Lamaire. Por mi parte, puede guardarse sus coronas en...

Colgué, exasperado. Era una guasa que sólo en el espacio de unas horas me hubieran ofrecido dos coronas de *gladiolos morados*.

A pesar de lo cual, mi situación no era para bromas.

Cierto que algún buen ángel protector de los cacos arrepentidos me había protegido hasta entonces, salvándome de la muerte en dos ocasiones.

Pero... ¿quién podía asegurarme que lograría escapar con vida en la próxima ocasión? Lamaire me había prometido mandarme al otro barrio aquella misma noche. Y la descripción que Wiran y Stevens me habían hecho del francés no era ninguna alegría.

¿Qué podía hacer? Saqué la pistola, la apreté entre mis manos y me la inserté bajo el cinturón, decidido a no separarme un solo segundo de ella.

Luego fui a la cocina y cargué la cafetera que suele utilizar Susan. La puse sobre el fuego, esperé unos minutos y vertí el café en una taza de desayuno, volviendo al despacho.

Tomé el café a pequeños sorbos y saqué la botella de ginebra que había guardado tras de una carpeta del mueble-archivo.

Media hora después había terminado el café y la ginebra y me encontraba dispuesto a enfrentarme con media docena de Lamaire. Con pasos no muy seguros, fui a la cocina y tiré la botella de ginebra al cubo de basura.

La siguiente media hora me la pasé mecanografiando unas cuartillas, en las que traté de condensar los antecedentes del caso Barlow. Con ello pretendía formar un expediente, tal como había visto hacer a Ted.

Mis dedos se movían torpemente sobre las teclas, haciéndome recordar cierto chiste sobre una intervención de los bomberos.

Estaba terminando mi trabajo, cuando se dejó oír el zumbador de la puerta. Durante unos segundos permanecí inmóvil, vacilando en abrir.

Finalmente, pensé que podría ser Lizza Barlow y anduve hasta la puerta, tirando del picaporte con fuerza.

No era Lizza. En la puerta estaba un caballero de unos sesenta años, de aspecto distinguido, grueso mostacho, traje gris bien cortado, algo cargado de espaldas.

Antes de que hubiera podido reaccionar, el anciano había depositado una tarjeta en mi mano. Me permití leerla antes de invitarle a pasar.

«*Everett Tolbridge. Attorney at Law*» [2].

—¿Es usted el señor Edward Mannery? —me preguntó a continuación, tras un ligero carraspeo—. Necesito verle. Enseguida.

No me gustó aquel tono perentorio. Pero era un anciano y su porte era distinguido, así que le invité a pasar con el ademán.

—Lo siento, míster Tolbridge —dije—. Ted Edward no está en la ciudad. Se encuentra pasando su luna de miel en Hawái.

Le ofrecí una silla y rodeé la mesa para ocupar mi asiento.

Míster Tolbridge parecía levemente irritado a juzgar por su expresión. Volvió a carraspear y agitó sus manos temblonas sobre la mesa. Sus dedos eran fuertes, bien cuidados, y en el anular de la izquierda lucía una sortija de platino con un exquisito trébol formado por pequeños brillantes.

—La ausencia del señor Mannery supone un serio disgusto para mí, señor...

—LeRoy, John LeRoy —informé.

—Como le decía, señor LeRoy, necesitaba encargar una urgente investigación a Mannery. ¿Qué es lo que hace usted aquí exactamente?

Mi licencia de detective estaba en mi bolsillo, dándome ánimos.

—Digamos... que soy su más íntimo colaborador, su hombre de confianza —me ufané.

—Entonces, quizá pueda usted ayudarme. Le pagaré bien, por adelantado.

—Perdone, míster Tolbridge. Dígame qué es lo que desea de mí y después decidiré.

—Se lo diré —me miraba fijamente con sus inteligentes ojos inquisitivos que poseían una vivacidad increíble—. Quiero que descubra al asesino de Robert Barlow.

Me quedé sin saber qué responder. Creía que las sorpresas habían terminado ya, cuando surgía aquel anciano pidiéndome algo que concordaba sorprendentemente con el tema que me traía por la calle de la amargura.

—Me gustaría saber por qué se interesa por Robert Barlow, míster Tolbridge.

—Eso sólo a mi concierne. Voy a pagarle buenos dólares por sus servicios, señor LeRoy —chilló con voz aflautada—. Pongamos... cinco mil dólares.

Me quedé sin habla. El viejo Tolbridge tenía mal genio, pero

sabía «explicarse» en el aspecto económico.

—Concedo que es una recompensa tentadora —murmuré, nervioso—. Pero resulta sospechoso su interés por el caso Barlow. ¿Cómo sabe que Barlow murió asesinado?

Creí que iba a sufrir un infarto de miocardio. Su rostro se congestionó, sus manos se agitaron espasmódicamente y sus gritos subieron de tono más de lo correcto. Fue entonces cuando me pareció que pronunciaba con ligero acento nasal.

Me puse en guardia inmediatamente y el recuerdo de la conversación mantenida una hora antes con Lamaire me intranquilizó.

Mas, por otra parte, ¿qué significaba que un anciano hablase con tono nasal en Nueva Orleáns, en una ciudad donde la mayoría de los ciudadanos son descendientes de franceses y muchos hablan el francés con soltura?

Sin ir más lejos, yo mismo era hijo de una criolla francesa y de un francés oriundo de Saint-Jean-Les-Pins y hablaba el idioma de mis padres correctamente.

Tolbridge hizo un ostensible esfuerzo por dominar su cólera, carraspeó, sacó un pañuelo blanquísimo y se secó los labios con ademanes temblorosos.

En el primer momento, pongo a Dios por testigo de que creí que mi vista me estaba gastando una broma. Había bebido algo más de media botella de ginebra y empezaba a ver visiones, estaba claro.

Porque, al pasarse el pañuelo por la boca, *el bigote de Toldbridge se había ladeado.*

Pestañeeé repetidamente, desconcertado. Fue entonces cuando Toldbridge se pasó con disimulo la mano por el mostacho, colocándoselo en su posición horizontal correcta.

—Está bien, LeRoy. Es usted un hombre desconfiado y poco amable. Verá, he leído los diarios de la tarde. Hay un reportaje sobre la muerte de Bob. Al parecer, le asesinaron.

Le escuché sin dejar de mirarle fijamente. Sentí un nerviosismo tan intenso que me era casi imposible hablar. Al fin, logré decir una frase completa, violentándome para evitar tartamudear:

—En ese caso... Bien, podría hacerme cargo de esa investigación. Precisamente estoy trabajando en el caso Barlow. Pero todavía no me ha dicho por qué desea que desenmascare a su

asesino, míster Tolbridge.

Se animó bastante al escuchar mis palabras. Por mi parte, procuraba disimular a toda costa mi tensión interior, mientras mi mano izquierda se deslizaba lentamente hacia la pistola que había insertado bajo el cinturón.

—No quería decírselo, pero si se empeña... Bien, Bob estuvo a punto de casarse con mi hija menor, Cheryl. Por desgracia, Cheryl se sintió deslumbrada por un sinvergüenza durante un crucero por el Mediterráneo y rompió su compromiso con Bob. Yo fui el causante de aquella ruptura, puesto que había animado a Cheryl a emprender aquel funesto viaje. ¿Comprende ahora la razón de que me sienta inclinado a hacer algo por el pobre Bob?

—Sí... Sí, por supuesto, míster Tolbridge.

—Y ahora que lo sabe, dígame, ¿qué ha logrado averiguar acerca de la muerte de Bob? —preguntó, inclinándose, vivamente interesado, sobre la mesa.

—Hummm... preferiría ver antes el color de su dinero, con toda franqueza, míster Toldbridge —dije para ganar tiempo, ya que la pistola se había enganchado sabe Dios dónde y no cedía a mis suaves tirones.

De nuevo sus ojos destellaron con un brillo que no estaba de acuerdo con su aspecto de anciano. Sin embargo, metió una mano en el bolsillo interior de su elegante americana y sacó un fajo de billetes que me mareó.

Con sus cuidados dedos sin arrugas, Tolbridge fue apartando billetes hasta completar la cifra de cinco mil dólares... Cuando hubo terminado, guardó el dinero sobrante y empujó hacia mí aquel fascinante montón de «pasta».

—Aquí lo tiene, LeRoy. Ya ha visto mi dinero. Puede guardarlo, si lo prefiere.

—Gracias, disculpe mi desconfianza. Tengo el expediente Barlow en ese mueble. Se lo enseñaré...

Abrigaba la esperanza de que me dejase levantarme de la silla. En tal caso, podría sacar cómodamente la pistola, cosa que resultaba imposible, sentado tras de la mesa.

Tolbridge detuvo mi movimiento de raíz con un gesto autoritario de la mano.

—Déjelo, no es necesario. Prefiero que me lo diga de palabra.

Tengo prisa, ¿comprende?

—Ejem... Bien, como prefiera, míster Tolbridge. Esto... ¿le apetece tomar una taza de café? Sé prepararlo muy bien —ofrecí cada vez más nervioso.

Se puso rojo de ira. Me miró como si pretendiese fulminarme y gritó:

—¡¡Quiero su informe, LeRoy!! Ya tiene el dinero, ahora empiece a hablar.

Su grito descompuesto me había sorprendido tanto, que, sin pretenderlo, di un tirón a la pistola y el arma se escurrió afuera sin dificultad.

—Creo que no seré yo quien hable, sino... ¡usted, quejido *Monsieur* Lamaire!! —exclamé, incorporándome súbitamente.

Mí «*Parabellum*» apuntaba a su pecho, ligeramente a la izquierda. Y me sentía completamente decidido a apretar el gatillo hasta agotar el cargador si Lamaire hacía un solo movimiento.

Le supuse lento y pesado y me equivoqué. Con un movimiento brusco de sus brazos, Lamaire impulsó salvajemente la mesa metálica contra mí, derribándome sin dificultad. Mi cabeza golpeó contra la dura arista del suelo del mueble-archivo y me sentí sin fuerzas.

Por si era poco, la mesa me inmovilizaba con su peso, impidiéndome el menor movimiento.

—Le aseguré que moriría esta noche —dijo el falso Tolbridge. Vi cómo sus piernas se acercaban lentamente hasta detenerse junto a mi cabeza—. Y Jean Lamaire siempre cumple su palabra.

CAPÍTULO XII

Me había confiado y ahora pagaba las consecuencias. Porque Lamaire se inclinó con presteza y recogió del suelo la «*Parabellum*» que había escapado de entre mis dedos, como resultado del brusco encontronazo.

—No es tan tonto como esperaba, LeRoy. Intenté hacerle hablar sobre Barlow y no lo he conseguido. Por cierto, ¿cómo averiguó que bajo el aspecto del ridículo Everett Toldbridge se encontraba nada menos que Jean Lamaire?

La mesa metálica me oprimía el pecho, haciéndome dificultosa mi respiración y la cabeza me dolía horrorosamente.

—Quíteme la mesa de encima, Lamaire. Entonces se lo diré.

Me irritó el ruidito que producía al chasquear la lengua sobre el velo del paladar, de modo denegatorio.

—Nada de eso, LeRoy. Es mejor que continúe como está, en la trampa. Ande, muchacho, estoy seguro de que se avendrá a contestar a mi pregunta.

Sus métodos eran altamente coercitivos, tengo que confesarlo. Porque había apoyado el cañón de la pistola sobre mi sien e incluso podía ver claramente su índice curvándose sobre el gatillo.

«Se oprime el gatillo y sale una bala», me había dicho aquella misma tarde Stevens, burlonamente. Y eso era lo que iba a ocurrir si no respondía inmediatamente a Lamaire.

—Está bien, fue su bigote.

—¿Mi bigote?

—Sí, se torció al secarse los labios con el pañuelo.

—*Diable*, eso es serio, Le Roy. Tendré que adquirir un bigote que ofrezca suficientes garantías. Pero ahora, dígame, muchacho, ¿qué fue lo que Bob Barlow le dijo ayer? No intente negar, sé que Barlow estuve aquí, con usted.

Apreté los labios, testarudamente, dispuesto a callar lo que

sabía.

—Le mataré, LeRoy. Le mataré ahora mismo, si no me lo dice. Tengo su pistola en la mane, dispararé sobre su sien y volveré a colocarla en su mane, de forma que queden impresas sobre la culata sus huellas dactilares. ¿Sabe cuál será la decisión de la policía?

No era difícil imaginarlo: suicidio. Me estremecí sin poder evitarlo. Y pensé que incluso me gustaría la broma de enviarme aquella corona de gladiolos morados.

Serían dos las coronas de gladiolos que lucirían sobre mi tumba, porque Carpenter, el agente de policía, me había ofrecido otra.

—No voy a decirle nada, *Monsieur* Lamaire. Por una razón obvia: sé que me asesinará tanto Si hablo como si callo.

Me miró fijamente, casi con admiración.

—Tiene razón, LeRoy. Usted me estorba, muchacho. Y voy a quitármelo de encima.

Me encomendé a todos los santos conocidos y cerré los ojos, esperando ya la bala que iba a taladrar mis sesos.

Y entonces sonó el zumbador de la puerta.

Lamaire dio un respingo y se alejó unos pasos hacia la entrada, para volver de nuevo, indeciso.

La mesa me aprisionaba el pecho, pero mis piernas estaban libres. Y Lamaire se había parado a escasa distancia de mis pies calzados con zapatos del número 47.

Estaba ya apuntándome a la cabeza cuando le aticé un regular puntapié en la rodilla, de través.

Una llamarada rojiza brotó ante mis ojos y el proyectil blindado de la «*Parabellum*» atravesó las planchas del mueble-archivo a dos pulgadas de mi cabeza.

Pero el patadón que acababa de asestar al asesino le impulsó violentamente contra la silla más cercana, y Lamaire se fue al suelo, perdiendo la pistola.

El zumbador seguía sonando constantemente y fuertes golpes sobre la puerta me hicieron concebir alguna esperanza.

Lamaire estaba poniéndose en pie con un gruñido. Los golpes sobre la puerta debieron asustarle, porque por fortuna para mí, atravesó cojeando la oficina, miró con urgencia a todas partes y abrió finalmente el amplio ventanal que daba a la terraza.

Para entonces, alguien gritaba al otro lado de la puerta.

Distinguí una voz femenina que pedía auxilio y luego las voces roncadas de algunos hombres.

—¡Lizza! —murmuré emocionado. Y traté de librarme del obstáculo que suponía la mesa.

Por desgracia, mis huesos estaban molidos y el dolor me impidió empujar con fuerza.

Entretanto, afuera estaban golpeando la puerta con redoblada violencia. Un momento después, la hoja saltaba, descerrajada.

Lizza Barlow se precipitó adentro con ansiedad y debió creerse que estaba muerto, porque escuché un sollozo cuando se inclinaba sobre mí.

La sorpresa me dejó sin habla.

Una atención Como aquélla, después de la visita de Lamaire, constituía toda una maravillosa compensación. Suspiré, y entonces ella se dio cuenta de que todavía alentaba. Ni siquiera reparó en los billetes que alfombraban el suelo.

—¡Dios mío...! ¿Estás bien,

Long-John?

¡Estás... estás herido! —Casi gritó al ver unas gotas de sangre en la pequeña brecha de mi cabeza—. ¡Por favor, ayúdenme a sacarle de aquí!

Comprendí que en la puerta debían estar las personas que le habían ayudado a descerrajar la puerta. Dos jóvenes con el pelo muy largo y pantalones *blue-jeans* agarraron la mesa y me dejaron libre.

—Lamaire —dije a Lizza señalando con el dedo en dirección a la terraza—. Ha escapado por ahí.

Yo no podía apartar mis ojos de las bonitas piernas de Lizza. Al fin, ella se dio cuenta y se ruborizó intensamente.

—Está bien, chicos. Muchas gracias por vuestra ayuda. Os invitaré a un trago un día de éstos —ofrecí, comprobando que no apartaban su mirada de los dólares.

Se marcharon, y Lizza encajó la puerta, ayudándome a levantarme del suelo.

—La cerradura está arrancada,

Long-John.

Tendrás que avisar a un cerrajero —dijo. Y había un destello de emoción en sus ojos.

—Qué importa eso... Me has salvado la vida, Lizza. Lamaire iba a disparar contra mí cuando comenzaste a golpear la puerta. Su único disparo atravesó ese mueble, cuando logré pegarle una patada. Si no llegas a venir...

Se acercó junto a mí y me besó. Tan suave y dulcemente que cerré los ojos, mareado.

—Cuando escuché el disparo, temí por tu vida,

Long-John.

¿Cómo logró Lamaire llegar hasta aquí?

Sé lo conté todo, complaciéndome en mirar aquellos ojos tiernos, llenos de interés por mí. Y al final añadí, burlonamente:

—Lamaire vino a matarme, Lizza. Pero yo he logrado estafarle cinco mil dólares y me siento satisfecho. Estoy seguro de que ese asesino pensaba recoger el dinero después de haberme liquidado. Pero las cosas no han sucedido como él esperaba —me chanceé.

—Será mejor que no rías tanto,

Long-John

—dijo Lizza, consternada—. ¿Te das cuenta que has estado muy cerca de la muerte en tres ocasiones? Piensa una cosa: cuando Lamaire ha decidido actuar personalmente es que te juzga sumamente peligroso para su seguridad. Volverá a infestarlo y entonces...

Se detuvo en mitad de la frase, emocionada y confusa. Sus ojos grises estaban brillantes por las lágrimas y sus labios temblaban, trémulos.

Dios mío, estaba tan bonita que me fue imposible resistir la tentación de besarla. Ella contestó suavemente a la caricia y cerró los ojos.

—Lizza... —dije con un hilo de voz—. ¿Te importa mucho que Lamaire lograra liquidarme?

Me miró como si hubiese formulado un sacrilegio.

—Puedes jurarlo, pedazo de bruto. Te he tomado afecto, ¿sabes? Y sé que te estás tomando interés por el caso de Bob. Su cheque no te obligaba a exponer la vida conscientemente.

Bueno, había alguien que se preocupaba intensamente por mí. Y la sensación era tan agradable, que durante unos instantes permanecí en silencio.

—¿Quién habla de morir, Lizza? Lamaire no conseguirá su

propósito. Ahora ya le conozco, le he tenido ante mí y conseguiré atraparlo.

—No te hagas ilusiones. Sólo has visto a un anciano. La próxima vez, Lamaire se te aparecerá como un jovenzuelo bisoño o como una mujer.

—O como un sargento de *marines*. Sé que ese asesino es un hábil transformista, pero hay ciertos detalles que...

Me corté, súbitamente. «O como una mujer» acababa de decir Lizza. Era una idea, una buena idea.

—Escucha, nena. Voy a encargarte algunas cosillas sin importancia. Maquillaje, rimmel, un lápiz labial, sombra para los ojos...

Me estaba mirando con expresión incrédula, pero yo continué, imperturbable:

—Una peluca de señora, zapatos de tacón, vestidos femeninos, un abrigo, y unas gafas oscuras, ¿podrías comprar esas cosas ahora mismo, Lizza, encanto? —terminé.

—Pero..., pero... De veras que no lo comprendo, Long-John.

¿Estás invitado a una fiesta de disfraces, quizá?

—Justo. Aunque me parece que no te gustará demasiado el nombre de la persona que me ha invitado: Jean Lamaire.

—¡Estás loco, ahora estoy segura! Puedo traer todo eso que me has pedido sin necesidad de comprarlo. Sin embargo, no traeré nada si no me explicas tus propósitos.

Se lo dije. Ciertamente que Lamaire me había dado la idea: si él sabía disfrazarse hábilmente, ¿por qué no iba yo a tratar de hacerlo también?

No era ninguna tontería adivinar que Lamaire lanzaría contra mí a una jauría de pistoleros, después de su fallado intento de darme «el pasaporte».

Lizza estuvo, al fin, de acuerdo.

—Te traeré esas cosas —aseguró con guasa—. ¿Prefieres un vestido de terciopelo o unos *panties*?

Elegí los pantalones, porque no me gustaba la idea de ir luciendo mis peludas pantorrillas por la calle.

Lizza me dio un beso y se dirigió a la puerta. Pero se volvió hacia mí antes de salir.

—Todavía no te he dicho el resultado de mi investigación,
Long-John.

He logrado averiguar el lugar donde se esconde Jane Dupont.

Estaba recogiendo ya los billetes que cubrían el suelo alrededor de la mesa, cuando me incorporé de un salto.

—¿Jane Dupont? ¡Espera, Lizza, tengo que preguntarte...!

CAPÍTULO XIII

Se marchó, sin darme tiempo a hacerle las preguntas que brotaban ya de mis labios.

Sin perder un instante, corrí a mi dormitorio y miré la calle a través de los visillos. Un momento después, Lizza aparecía en la acera y permanecía allí unos instantes. La vi alzar el brazo repetidamente, hasta que, finalmente, logró detener un taxi de la Yellow Cars y desapareció en su interior.

En la acera de enfrente había un gran sedán gris estacionado.

Sobre la portezuela estaba apoyado un individuo que dirigía frecuentes miradas a la puerta, escrutando los rostros de cada una de las personas que entraban o salían de allí.

Sospechoso.

De cuando en cuando, aquel tipo introducía su cabeza por la ventanilla del automóvil, como si estuviese cambiando impresiones con alguien situado en el interior.

Bien, no había duda de que me esperaban a mí. ¿Un nuevo comandó de pandilleros enviado por Ron Chapman, tras sus dos fracasos anteriores?

Era pensar sensatamente. Jean Lamaire volvía a intentar mi defunción por la vía más rápida.

Suspiré. La verdad era que mi porvenir se presentaba a cada minuto más y más sombrío. Y la seguridad de que sobre mi tumba lucirían dos hermosas coronas de gladiolos morados, me dejaba frío.

Por fortuna, Lizza estaba en camino con mi extraño encargo, y confiaba en que mi disfraz despistase a los *gánsteres* que esperaban a la puerta.

Volví al despacho y busqué el expediente del caso Barlow. No quería que nadie pudiera leerlo, de forma que lo oculté en el primer escondite que hallé a mano: debajo del fichero deslizante.

Busqué unas cuerdas y me las ingenié para asegurar la puerta de

forma provisional. Detesto las sorpresas, y la puerta abierta era una invitación para cualquiera.

Sin embargo, la necesidad de reparar cuanto antes el cierre, me impulsó a buscar en la guía telefónica, la sección de «servicios». De entre los cerrajeros que encontré, seleccioné el que me pareció más cercano.

Una voz me aseguró que enviaría a uno de sus empleados en el acto.

Solucionado aquel problema, pasé al aseo y durante cinco minutos apreté la rasuradora eléctrica contra mi rostro, tratando de apurar mi barba hasta el límite.

Tanto insistí, que cuando terminé, la piel de la cara me abrasaba y aparecía intensamente enrojecida.

Entonces sonó el timbre de la puerta. Dejé el frasco de masaje sobre el lavabo y salí a abrir.

Me detuve súbitamente, la mano sobre el rudimentario cierre de cuerdas. No podía fiarme de nadie, así que antes de abrir juzgué sensato preguntar de quién se trataba.

—Soy Anthony Stillman, el cerrajero. Usted ha encargado una reparación hace unos minutos, señor LeRoy.

Francamente desconfiado, abrí la puerta.

El tipo tenía el cigarrillo en la boca, iba vestido con fuertes ropas de trabajo y un mostacho negrísimo sombreaba sus labios. Unas gafas de miope y la gorra de lona completaban su atuendo.

Me miró fijamente, con una expresión indefinible que aumentó mi desconfianza.

Aquel hombre reunía todas las circunstancias que podían hacerme sospechar: su estatura era, aproximadamente, la de Lemaire, se cubría la cabeza con una gorra, el bigote y las gafas podían formar parte del disfraz. Y continuaba mirándome con fijeza, con aquellos ojos brillantes, sombreados por gruesas cejas.

Por si aquellos detalles no fueran suficientes, su voz sonó claramente nasal al preguntar:

—¿Puedo pasar, señor LeRoy?

Se inclinó súbitamente y no aguardé más. Mis músculos estaban en tensión, de forma que lo agarré por el pecho, interpose una de mis piernas entre las suyas y le empujé violentamente hacia adelante.

—Por supuesto, señor Lamaire. Pero esta vez no ha logrado engañarme siquiera.

El supuesto Lamaire había soltado un taco de regular calibre al salir despedido contra una silla metálica. Comenzó a incorporarse lentamente, sin cesar de lanzar reniegos.

—No se mueva, Lamaire. Esta vez no logrará escapar, se lo aseguro.

Yo tenía la «*Parabellum*» en la mano derecha y estaba firmemente dispuesto a agotar el cargador en cuanto Lamaire hiciera el menor movimiento sospechoso.

El intruso me estaba mirando con los ojos desorbitados y una clara expresión de alarma en su cara.

—Es inútil que trate de disimular. Es muy hábil, *Monsieur* Lamaire. Y sumamente rápido. Estoy seguro de que el verdadero cerrajero se encuentra en cualquier callejuela con un chichón en la cabeza. O muerto.

—¡Está..., está loco! Ya me pareció desde el primer momento que...

—Con que Anthony Stillman, ¿eh? —dije burlonamente—. Dígaselo a su abuela, Lamaire. Aunque no creo que tenga tiempo de decir nada, excepto a los sabuesos del FBI.

—¡Qué FBI ni qué *monsiú* Lamaire! —exclamó el otro, comenzando a temblar—. Maldito el momento en que Gayson me encargó este trabajo. Si llego a saber que tendría que enfrentarme a un psicópata peligroso...

Por primera vez desde que aquel hombre apareció ante mi vista, se me ocurrió la posibilidad de que me hubiera equivocado en mis sospechas.

Pero Lamaire era sorprendentemente hábil y todo aquello podía muy bien formar parte de la farsa.

—Está bien —dije, apretando las mandíbulas—. Voy a comprobarlo ahora mismo. No se mueva de ahí y vuélvase de espaldas.

Me obedeció con una rapidez que me dejó pasmado. Con la pistola por delante me acerqué a él y tiré con fuerza del bigote, con la seguridad de que se desprendería.

Sólo logré que aquel hombre lanzase un alarido escalofriante. Con la sensación de que había metido la pata, le arranqué la gorra

de un papirotazo, tiré de sus cabellos y palpé sus mejillas para asegurarme de que no llevaba ninguna careta.

Un fracaso. Porque el bigote era auténtico, e igualmente los cabellos y sus morenas mejillas.

Guardé la pistola bajo el cinturón y Stillman se volvió hacia mí. ¡Cristo, qué expresión la suya! Adiviné que sus pensamientos eran un auténtico lío mental.

Estoy seguro de que durante aquellos minutos, el pobre cerrajero pensó de mí muchas cosas malas: un psicópata asesino, un desquiciado mental, un esquizofrénico sádico, quizá un invertido.

—Le ruego me disculpe, señor Stillman. Acabo de sufrir un atentado y creí que usted... En fin, ¿quiere arreglar la puerta? — terminé, humildemente.

Comenzó a despotricar a gritos y le dejé desahogarse. Me costó un gran esfuerzo convencerle de que yo no era nada de aquello que había pensado.

Al fin, Stillman, sin terminar de fiarse del todo, fue a la puerta y recogió su caja de herramientas: aquél era el motivo de que mi supuesto Lamaire se hubiera inclinado bruscamente. Un movimiento que yo había tomado como un acto agresivo.

El planchazo había sido tan tremendo, que apenas me atrevía a mirarle a la cara. Stillman, por su parte me dirigía de cuando en cuando una mirada furtiva, miedosa.

Cambió la cerradura por otra nueva, la probó y se acercó a la mesa de despacho, dejándome las llaves y la factura.

Había hinchado la nota, sin duda como compensación por el mal rato que le había hecho pasar.

Juzgando que tenía razón, le pagué los diez dólares y añadí otros diez de propina, con lo que Stillman volvió a la normalidad e incluso se permitió dirigirme una breve sonrisa.

Le acompañé a la puerta. Stillman se despidió y entonces escuché el zumbido del ascensor.

Esperé unos segundos, creyendo que sería Lizza, cargada de paquetes.

Me equivoqué.

Los «verdugos» enviados por Ron Chapman debían haberse cansado de esperarme a la puerta y se habían decidido a subir y cazarme en mi propia madriguera.

Del ascensor acababan de salir uno, dos tres... Cuatro tipos que parecían extraídos de la desaparecida penitenciaría de Sing-Sing.

Mi mano se había deslizado hasta alcanzar la pistola bajo el pantalón. Cierto que hubiera podido disparar contra ellos, porque aún no habían advertido mi presencia en el pasillo.

Pero Anthony Stillman se cruzó con ellos, tapándolos parcialmente, y juzgué que aquel pobre hombre había recibido ya bastantes sustos aquella noche.

Tuve la fuerza de voluntad suficiente para aguardar hasta que el cerrajero entró en el ascensor.

Los «gavilanes» de Chapman se habían detenido, indecisos, en el pasillo. Estaban mirando la ordenación numérica de los apartamentos, sin duda. Y su destino era el mío.

Fue entonces cuando me vieron. Ellos me vieron a mí y yo vi la alfombra.

—¡... Eh, muchachos! —gritó el que iba en cabeza, un tipo con la cara cruzada de cicatrices—. ¡Está ahí, al alcance de nuestra mano!

«Naranjas de la china», pensé. Y me incliné como un rayo sobre la alfombra, agarrando sus bordes con las manos.

Ya venían lanzados por el pasillo, ansiosos por cobrar la gratificación que Ron Chapman debía haberles ofrecido por mi pellejo.

Me vieron inclinado sobre la alfombra y el primero debió sospechar algo, porque trató de saltar fuera.

Tiré con fuerza de la alfombra, apoyando una pierna en el marco de la puerta.

Y los sicarios de Chapman se fueron al suelo en confuso pelotón.

No esperé allí, naturalmente, porque entre mis cálculos no entraba dejarme agujerear por aquellos pistoleros.

Todavía pude escuchar sus blasfemias antes de cerrar la puerta de golpe.

Sólo podía hacer una cosa: escapar de allí a todo gas. ¿Por dónde?

Por el mismo medio que había utilizado Lamaire aquella tarde: la escalera de emergencia.

Pero Lamaire podía haber calculado aquella posibilidad. Si era

así, podía contar con que Worry Lane estaría vigilado.

Miré afuera, desde la terraza. La noche era oscura y nada pude ver.

Dispuesto a enfrentarme con lo que la suerte quisiera depararme, pasé una pierna sobre la baranda y comencé a descender más que aprisa.

CAPÍTULO XIV

Respiré entrecortadamente por el violento ejercicio. En realidad utilizaba más los brazos que las piernas para descender, y pronto me cansé.

Así que a la altura de la tercera planta hice un alto para recuperar el resuello y miré hacia abajo.

Worry Lane era lo más parecido a un pozo de tinta. No podía distinguir el menor relieve en el fondo de la callejuela, de modo que si alguno de los «gavilanes» de Chapman me esperaba abajo podría sorprenderme fácilmente, sin exponer nada.

Fue en aquel momento, cuando un automóvil enfiló Worry Lane y la luz de sus focos iluminó la callejuela.

Los vi. Eran dos y estaban ocultos detrás de una pila de envases de madera. Ignoro si ellos me vieron a su vez, pero, por mi parte decidí no aguardar a comprobarlo.

Era obvio que no podía seguir descendiendo, de modo que me dejé caer sobre la cercana terraza y permanecí más inmóvil que la momia del faraón Pepi II.

Alguien se movió al otro lado de los visillos y se acercó a la cristalera. Un momento después me encontraba con las rollizas facciones de la gruesa señora Smallthing, que me miraba con los lentes en la punta de la nariz y una curiosa expresión de perplejidad.

—¡Señor LeRoy! —murmuró, reconociéndome—. ¿Qué... qué significa esto, quiere explicarme...?

No la dejé seguir escandalizando. La empujé con decisión hacia adentro, poniéndome un dedo sobre los labios.

—¡Chissst, hable en voz baja, por favor! —supliqué, mientras me introducía en su confortable cuarto de estar—. Están ahí fuera.

Estaba blanca como la pared y no alcanzaba a comprender mis confusas explicaciones.

—¡Señor LeRoy! No se tratará de un rapto, ¿verdad? Soy soltera y usted es joven y fogoso, pero no se acerque o gritaré... ¡Soy una persona decente!

Me hubiera tronchado a carcajadas ante la ridícula sospecha de la obesa señora Smallthing, de no saber que la muerte rondaba tras de mí.

—Descuide, señora Littlething...

—Me llamo Lizzie Smallthing —me corrigió con presteza, levemente ofendida.

—Bien, señora Smallthing. Ahí fuera hay varios hombres que tratan de liquidarme, ¿comprende? Salo pretendo salir por la escalera, ¿eh?

Me alejé de puntillas hacia la puerta. Antes de cerrar todavía pude ver la expresión desilusionada de la señora Smallthing. ¡La muy... solterona había creído que se trataba de una aventura romántica!

Salí al pasillo y preferí bajar por la escalera. No excluía la posibilidad de que el pasillo estuviera también vigilado, y en tal caso la escalera me permitiría vigilar la entrada antes de arriesgarme fuera.

Me detuve ante el primer descansillo y eché una mirada al vestíbulo. No vi nada sospechoso, a pesar de lo cual saqué la pistola y la conservé en el bolsillo de la chaqueta, fuertemente empuñada.

Comencé a descender los últimos peldaños. Y de pronto, me tropecé con él. Había permanecido oculto en el extremo del vestíbulo que daba acceso al ascensor y aquélla era la razón de que no hubiera podido verle.

Se sorprendió tanto como yo, es cierto. La verdad es que chocamos literalmente el uno contra el otro.

Cuando pudo reaccionar, yo tenía ya la pistola en mi mano. El primer golpe asestado con el cañón le partió el caballete de la nariz, obligándole a blasfemar soezmente.

Me disgustó su falta de decencia. Y le aticé otro golpe que le partió los labios brutalmente, convirtiendo su boca en una masa sanguinolenta.

Le vi escurrirse hasta el suelo, apoyado en la pared, y juzgué que aquel tipo no haría el menor movimiento por impedirme huir.

—¡Espere, LeRoy! —me gritó el conserje, desde la puerta de su

cabina—. ¿Puede decirme qué ha ocurrido? Hay un hombre con la boca destrozada, revolcándose en el suelo. ¿Qué hago con él?

—Es fácil, Gully. Envíelo al dentista, necesitará una dentadura nueva —dije desde la puerta, y me fui a buen paso.

Mezclado entre los peatones que circulaban por el paso cebra, observé el «Lincoln» gris que habían utilizado los «gavilanes» de Chapman. El vehículo estaba vacío y a nadie sospechoso vi en sus proximidades.

Así que me acerqué al cochazo, procurando confundirme con los viandantes.

Lo decidí en un instante: no disponía de automóvil propio y necesitaba reunirme con Lizza cuanto antes. Sería pura broma utilizar el «Lincoln» de los asesinos, que seguirían buscándome en la oficina.

La portezuela estaba abierta y la llave de contacto en el panel. Arranqué y di gas, incorporándome a la riada de vehículos que circulaban por Esplanade Street.

Lizza Barlow vivía en un apartamento de Barden Distric, un barrio rodeado de jardines que alternan con construcciones de la época francesa. En realidad, Garden Distric es el distrito más aristocrático de Nueva Orleáns.

Llegar allí me llevó algo más de veinte minutos, que consumí conduciendo a una velocidad que sobrepasaba todas las reglas.

Mi urgencia era lógica: si Lizza regresaba a Esplanade Street antes de que pudiera hablar con ella, se expondría a tropezarse con los pistoleros de Chapman.

Y no era difícil adivinar que Lizza correría un serio peligro en tal caso, aunque, al parecer, Jean Lamaire ignoraba que Bob Barlow tuviese una hermana.

Frené en Saint Charles Street en el preciso momento en que Lizza salía a la calle, llevando una pila de paquetes apretados contra el pecho.

—¡Long-John! ¿Qué significa...? —murmuró al verme salir del coche.

—He tenido que cambiar de planes, Lizza. ¿Puedo entrar en tu casa? La oficina se convertido en una sucursal de Cicero [3].

La puse al tanto de la marcha de los acontecimientos mientras subíamos a su apartamento, en una cómoda segunda planta de un

edificio de mediana altura.

Entramos. Y enseguida capté la diferencia que existe entre el apartamento de una mujer y el de un soltero. Allí todo estaba en orden y el interior presentaba un aspecto confortable y atractivo.

—Bonita choza, Lizza. ¿Es tuya? —pregunté, mientras mis ojos recorrían, estupefactos, el *living*, decorado con evidente buen gusto.

—Bob me ayudó a pagarlo, antes de que mamá muriera. Después lo he ido completando poco a poco. No creas que me ha sido fácil,

Long-John.

Tuve que dejar mis estudios y trabajar como mecanógrafa. Ahora vivo desahogadamente traduciendo obras técnicas —me explicó.

—Eres una hormiguita, Lizza —alabé sin esfuerzo—. Dichosa tú, que posees un rincón como éste para vivir.

Me miró durante un instante con un brillo emotivo en los ojos. Luego comenzó a deshacer los paquetes con movimientos ágiles de sus largos y finos dedos.

—Long-John, ¿de veras piensas vestirme de mujer? He reunido todas las cosas que me pediste, pero...

—Sigo creyendo que me sentiré más seguro si me visto de mujer, Lizza, si te refieres a eso. Lamaire ha movilizado todos los efectivos con que cuenta su «procedor», Ron Chapman. ¿Crees que puedo continuar exhibiéndome con mi aspecto normal por ahí? Por otra parte, vamos a visitar juntos la guarida del lobo. Creo que donde esté Jane Dupont, estará... Jean Lamaire.

Se estremeció al escuchar mis palabras. Pero fue solo un instante. Lizza era una mujercita animosa y valiente, que había logrado sobreponerse a la muerte de Bob, su hermano.

—Entonces..., acompáñame al tocador —dijo con una risita sarcástica—. Trataré de convertirme en una atractiva y esbelta «muchachita».

Me incliné en una ridícula y poco airosa reverencia y la seguí hasta su dormitorio.

—Siéntate —me ordenó—. Y procura no moverte demasiado. Sobre todo, no me distraigas.

La obedecí y me senté frente al espejo. Era difícil sentirla tan cerca y no estrecharla entre mis brazos, pero me propuse resistir hasta el final.

Lizza extendió por todo mi rostro una gruesa capa de base incolora. Más tarde espolvoreó mis mejillas con maquillaje y perfiló mis ojos con un delineador suave como una pluma.

Se retiró un poco para admirar «su obra», sin permitirme mirarme al espejo del tocador. Lizza movió la cabeza, satisfecha y me perfiló los labios con lápiz rojo.

Sobre una percha especial lucía esplendorosa una rubia peluca femenina.

Lizza me peinó hacia atrás y me la colocó, rectificando su colocación con leves y sabios toques.

—Mírate,

Long-John.

¿Quién podría adivinar que bajo esas facciones hay un hombre tosco y testarudo?

Vivamente intrigado, me contemplé en el espejo.

Juro que di un respingo de sorpresa al ver a aquella «mujer» perfectamente maquillada que era yo mismo. Ciertamente que mi mandíbula no era excesivamente frágil ni delicada, pero podía pasar perfectamente por una fémina.

—¿Satisfecho,

Long-John?

—Tanto que no me importaría presentarme al concurso en el que eligen a «Miss Louisiana», Lizza. ¿Qué hago ahora?

—Te dejaré solo para que puedas ponerte los *panties* y este suéter. Ponte encima el abrigo que hay sobre la cama. ¡Dios mío, no había pensado en los zapatos...!

—¿Qué pasa con ellos? Puedes darme cualquiera de los tuyos, no me siento caprichoso.

—¿Estás loco,

Long-John?

Mis zapatos no servirían siquiera para meter tus manos.

Era cierto. Y me parecía remoto que los zapateros fabricasen el número 47 para mujeres.

—Está bien —decidí—. Seré una mujer «hombruna». Los zapatos pasarán desapercibidos bajo los pantalones.

Sonriendo, Lizza se dirigió a la puerta. Antes de que la hubiera cerrado, recordé, de repente, cierto detalle.

—Y para esto, ¿qué? —dije, señalando elocuentemente mi

pecho.

Lizza se echó a reír que daba gusto verla. Desapareció para volver un momento después con dos copas de plástico que había arrancado de un bañador. Sujetándolas interiormente mediante una cinta, resultó un busto de jovencita subyugante.

La verdad, estoy seguro de que alguno de ustedes se hubiera sentido avergonzado disfrazándose de tal forma. Admítanlo.

Por mi parte, no experimentaba el menor complejo, toda vez que aquel disfraz venía a ofrecerme la impunidad frente a los asesinos que me buscaban con el cándido propósito de hacerme ocupar una plaza en el Saint Louis Cemetery.

Siguiendo las instrucciones de Lizza, me enfundé los *panties* y me vestí un bonito abrigo de mujer, que me oprimía fuertemente los hombros.

—Todavía no me has dicho cómo conseguiste encontrar el escondite de Jane Dupont —dije a Lizza, que me aguardaba en el *living*.

—Fue fácil... y, sin embargo, podía haber tardado un año en encontrarla. Verás, Bob me dijo en varias ocasiones que a Jane le encantaba comer en los restaurantes chinos. Hay cinco en Nueva Orleans, así que he distribuido mi tiempo entre ellos. A mediodía fui a almorzar a

Wong-Li

Door. Estaba terminando cuando vi entrar a Jane Vestía un fascinante abrigo de visón y la acompañaba un individuo con apariencia de guardaespaldas.

Lizza había aguardado en su mesa, ocultándose tras una revista, hasta que Jane y su acompañante abandonaron el restaurante.

—Se marcharon en un «Cougar» color *beige* y les seguí en mi pequeño deportivo. Entonces ocurrió algo extraño: su automóvil se detuvo ante el St. Louis Cemetery. Jane bajó del coche y se dirigió al cementerio, mientras su acompañante aguardaba. En vano me he estado preguntando qué significaba aquella visita a un camposanto. Sé que ella no amaba a Bob y, por otra parte, el cadáver de mi hermano está en la Morgue. ¿Se te ocurre algo acerca de esa extraña visita,

Long-John?

Hube de responder negativamente.

—A menos que algún familiar de esa mujer repose en el cementerio. Recuerda que estamos en noviembre, el mes dedicado a los difuntos.

—Eres un bromista,

Long-John,

o no conoces bien a Jane Dupont. Es incapaz de sentir el menor afecto por nadie y menos por un difunto.

—Lo averiguaremos, Lizza. ¿Qué hizo Jane después de su visita al cementerio? —pregunté, interesado.

—Salió al cabo de media hora y subió al coche. Viajaban a buena velocidad, pero no me costó gran esfuerzo seguirles con mi pequeño «Alpha-Romeo». Se dirigían hacia el lago Pontchartrain y, finalmente, se detuvieron ante un hotelito de los que abundan a orillas del lago. Esperé más de una hora. Inútilmente, porque no volvieron a salir. Estuve a punto de entrar y hacer hablar a esa víbora, pero la presencia del hombre me contuvo y preferí avisarte.

—Hiciste bien, Lizza. Estoy dispuesto. ¿Nos vamos?

Me precedió hasta la puerta sin abandonar su burlona sonrisita. Entramos en el «Lincoln» y me emocioné al ver las lindas rodillas de Lizza al sentarse junto a mí.

—Creo que debieras quedarte en casa, Lizza. Jane Dupont no va a recibirnos invitándonos a tomar el té, compréndelo.

—Iré a dónde vayas tú,

Long-John.

Descuida, no resultaré un estorbo para ti.

La besé, porque sus palabras y la tierna expresión de su carita me impulsaban a ello.

Sin embargo, me separé enseguida al oír algunas palabrotas de grueso calibre. Varios mozalbetes estaban mirándonos desde la acera, con descaro.

—¡Eh, tía puerca! —me gritó uno de ellos—. ¿No le da vergüenza hacer esas cosas en plena calle?

Maldita sea, me había olvidado de que mi femenino aspecto no cuadraba con un beso romántico. Y aquellos mozalbetes, con toda lógica, me habían tomado por una lesbiana.

Arranqué tan bruscamente de allí que los neumáticos chillaron estridentemente. Todavía alcancé a oír algunas de las palabrotas que me gritaban los excitados adolescentes.

CAPÍTULO XV

Desde el interior del automóvil, eché una ojeada a la construcción, tipo *bungalow*, que Lizza me señalaba.

Las ventanas estaban protegidas por artísticas rejas labradas, lo que excluía la posibilidad de penetrar por allí.

—¿Estás segura de que no quieres volverte, Lizza? No sería nada agradable encontrarnos con Jean Lamaire ahí dentro.

—Estoy segura de que sólo hay dos personas, Long-John.

Por otra parte, estoy decidida a llegar contigo adonde sea —aseguró tozudamente.

—Eres todo un caso, cariño. Bien, ponte esto —dije entregándole mis gafas «pop»—. Y ten tu pequeña pistola dispuesta.

Abandonamos el «Lincoln» y caminamos hasta el porche del hotelito. Antes de pulsar el botón del timbre, sentí que un escalofrío recorría mi espalda.

¿No era una locura intentar algo que correspondía en realidad a los *G-men*, a los federales?, tuve que responderme afirmativamente, pero ¿cómo podía volverme atrás si una jovencita como Lizza estaba decidida a continuar adelante, hasta el final?

Apreté mí «*Parabellum*» con tanto calor como hubiese apretado la mano del más fiel amigo, y pulsé el timbre.

Unos segundos más tarde podía escuchar los pasos de alguien que se aproximaba desde el exterior. Suponiendo que iban a observarnos a través de la mirilla, flexioné mis piernas ligeramente, de forma que mi rostro fuera claramente visible.

—¿Qué desean, quiénes son ustedes? —preguntó una voz femenina, que supuse correspondería a Jane Dupont.

—Oh, discúlpenos, señora —respondí con una voz tan encantadoramente atiplada que yo mismo me sorprendí—. Soy la señorita Dimplehouse, presidenta de las Damas Caritativas

Protectoras de los Pobres. Estamos realizando una cuestación con destino a nuestro ropero. Me acompaña mi secretaria, la señorita Well. ¿No querría usted favorecernos con una pequeña donación?

Jane Dupont debía estar considerando la situación, porque tardó bastante en abrir la puerta. Sonreí con tanto afecto como pudiera hacerlo una solterona de sesenta años y pasé.

Lizza había descrito bien a la mujer que tenía enfrente. Una hembra atractiva, vestida con un simple *negligé* que permitía adivinar sus formas sin esfuerzo. Lo más destacable eran sus ojos verdes, casi magnéticos.

—Ah..., gracias, señora. Sabía que podríamos contar con su ayuda. ¿Puedo anotarle cinco dólares?

Iba a contestar, cuando sonó una voz masculina, bronca y desagradable.

—¿Qué diablos ocurre, Jane? ¿Quién está ahí?

—No te preocupes, querido. —Jane se volvió a mí, mirándome de arriba abajo, con sorna—. Una vieja que pide dinero para no sé qué. Está bien, señora Dimple... lo-que-sea, le daré esos cinco dólares.

Me dio la espalda, ofreciéndome la ocasión de inmovilizarla. Una de mis manazas se apretó sobre su boca, mientras con la otra le sujetaba los brazos.

La puerta de la cocina se abría a la izquierda, y hasta allá la transporté en volandas, mientras aquella vampiresa de vía estrecha pataleaba furiosamente, tratando de desprenderse de mi estrecho abrazo.

La amordacé con un paño de cocina y la senté sobre una silla.

—Vigílala, Lizza. Voy a entrevistarme con el otro. No te descuides ni un instante y dispara sobre ella si hace el menor movimiento.

—De acuerdo,

Long-John.

Estoy deseando tener una disculpa para convertirla en un colador. Confía en mí.

Lizza encañonaba con su pistola a una rabiosa e impotente Jane Dupont, que no se atrevía a moverse de su silla.

Tranquilizado, salí de la cocina y anduve lentamente hacia el final del pasillo.

El hombre que había hablado momentos antes estaba en el cuarto de estar, lujoso y amplio.

El tipo estaba sentado en un diván, dándome la espalda, y con un vaso de *whisky* en la mano, del que acababa de beber. Se había quitado la americana para estar más cómodo y sus abultados músculos podían apreciarse a través de la camisa, que apenas bastaba para contener el hercúleo tronco.

Me fijé en que las correas de una funda-pistolera se destacaban, ciñendo la espalda.

Si la suerte me acompañaba quizá pudiera reducir al *gánster* sin disparar un solo tiro. Todo dependía de que él no percibiese el menor rumor a sus espaldas.

Con el ferviente deseo de que todo ocurriese como lo había pensado, comencé a deslizarme silenciosamente hacia el diván, con la «*Parabellum*» agarrada por el cañón.

Sin embargo, aquel tipo debió oír el fru-frú

que producían mis ropas femeninas, porque preguntó sin volverse:

—¿Eres tú, Jane?

Con los nervios en tensión, continué avanzando hasta situarme a su espalda. Y contesté con voz aflautada:

—Desde luego, querido. En persona y a tu disposición, pichón.

Se revolvió como si le hubiese picado una víbora al escuchar mi voz. Su expresión de desconcierto se borró cuando dejó caer la pesada «*Parabellum*» sobre su cráneo.

Esperaba verle caer, desvanecido, por lo que me quedé sin respiración cuando el otro comenzó a incorporarse como si tal cosa.

Tan sorprendido estaba, que su primer trastazo me pilló completamente desprevenido. Su enorme puño impacto sobre mi pómulo, impulsándome con temible contundencia hacia atrás.

En mi camino se interpuso entonces una lámpara de pie y me fui al suelo aparatosamente, mientras la pistola salía rodando sobre el *parquet*.

El «gorila» permanecía inmóvil, sin duda desconcertado al ver que había golpeado a una «mujer».

Traté de incorporarme y buscar la pistola, a pesar de que ante mis ojos se extendía toda una constelación de estrellitas de colores.

No lo conseguí, por desgracia. Porque el energúmeno se había

acercado hasta mí y me levantaba en vilo con una facilidad que me dejó helado de espanto.

—Espere, jovencito —dije, apoyando una mano sobre su pecho—. No irá a maltratar a una señora, ¿verdad? Eso sería propio de un ser incivilizado y...

Me corté enseguida. Porque el «gorila» estaba mirando atentamente mis manazas cubiertas de fuerte vello. Y debió pensar que trataba de burlarme de él, a juzgar por su forma de «sobarme».

El primer golpe se incrustó en mi estómago obligándome a recordar la leche materna con la que me alimenté en mis primeros días de existencia.

Como quiera que me había doblado hacia adelante de una forma humillante, decidió enderezarme de forma elemental: su alucinante gancho de izquierda me alzó un par de pulgadas del suelo y me proyectó contra el mueble-bar sin ninguna delicadeza.

Los débiles paneles del mueble no resistieron el impacto y mi cabeza quedó incrustada entre las maderas astilladas.

Aspiré aire con toda mi alma y traté de sacar la cabeza de aquel cepo.

No fui yo quien lo consiguió, sin embargo. El «gorila» acababa de darme una patada en el costado y me sentí libre.

Por desgracia, la masa de músculos se inclinó sobre mí, y sus ojillos me miraron aviesamente.

—Vas a aprender lo que significa molestar a Paul McGrey, pimpollo —murmuró roncamente, sin que su respiración se hubiera alterado lo más mínimo.

Quedé sobrecogido de espanto cuando sus manazas se posaron sobre mis hombros. ¿Qué se podía esperar de un energúmeno que llamaba «molestia» al culatazo que había descargado sobre su cabeza momentos antes?

Lo que sucedió a continuación, exactamente. Con una sola mano se bastó para incorporarme y dejarme apoyado sobre la pared.

A partir de ahí, no recuerdo exactamente lo que me pasó. En primer lugar, porque me era imposible ver nada: a los primeros golpes, mis ojos se hincharon hasta semejar dos ciruelas claudias.

Me golpeó, sí, una y otra vez, de forma sistemática. Sus puños se estrellaban continuamente en mi estómago, en el pecho, en el mentón, en la nariz, en los labios...

Al cabo, debí sentirme tan maltratado que mis piernas se arrugaron y fui resbalando hasta el suelo.

Cierto que estaba *groggy*, al borde de la inconsciencia. Aún así, todavía fui capaz de flexionar las piernas y sacudirle dos coces en las rodillas.

Perdió el equilibrio y se fue al suelo. Fue el momento que aproveché para buscar mi pistola a tientas.

Un rugido de alegría se escapó de mi garganta cuando mis dedos tropezaron con la «*Parabellum*», justamente bajo el destrozado mueble-bar.

McGrey se estaba incorporando ya con una bestial expresión de odio en sus facciones cinceladas a puñetazos.

Se detuvo bruscamente al ver la pistola en mi mano. Me sentí satisfecho al verle cambiar de color en un instante, balbucir algo ininteligible, atragantarse...

—Prueba a dar un solo paso, McGrey. Adelante, gorila, muévete, lo estoy deseando.

El muy idiota se movió. Es decir, trató de alcanzar el chato revólver que colgaba de su funda sobaquera.

Teniendo en cuenta que aquel salvaje había estado a punto de matarme a puñetazos, no experimenté el menor remordimiento al apretar el gatillo.

El primer balazo atravesó la muñeca de su brazo derecho, perforándole el pecho a continuación.

A pesar de lo cual trató de desenfundar con la izquierda.

No soy ningún experto tirador y no podía entretenerme en sibaritismos. De forma que apreté el gatillo varias veces hasta que el humo de la pólvora me hizo toser.

McGrey escupió sangre por la boca y se derrumbó de golpe sobre el pavimento.

CAPÍTULO XVI

Durante varios minutos no hice otra cosa que respirar, aspirar aire para evitar las náuseas que me revolvían el estómago.

Me puse en pie y me encaminé a la cocina con pasos vacilantes.

Antes de empujar la puerta, los chillidos estridentes que pude escuchar me previnieron acerca de lo que sucedía allí.

Jane Dupont y Lizza rodaban por el suelo dándose cachetes, atizándose puñetazos, tirándose de los cabellos y arañándose con todas sus fuerzas.

Era todo un espectáculo. El etéreo tejido de la *negligé* de la Dupont se había convertido en delgados jirones, permitiendo admirar la casi totalidad de su cuerpo moreno y escultural.

La pistola de Lizza estaba en el suelo, bajo una silla. Me agaché y la recogí, guardándomela en el bolsillo.

Jane Dupont utilizaba un vocabulario que hubiera hecho enrojecer a una verdulera del French Market. Por su parte, Lizza acababa de ponerle un ojo morado de un puñetazo.

Confieso que aquella lucha entre dos mujeres era altamente sugestiva, y no intervine mientras Lizza llevó la mejor parte.

Pero la Dupont era un auténtico bicho y logró inmovilizar a mi compañera. Y con un brillo homicida en los ojos, intentó estrangular a Lizza con sus propios cabellos.

Me incliné un poco y le di un papirotazo que acabó con sus ansias asesinas.

La maniaté rápidamente sirviéndome de los restos de su vaporoso «salto de cama» e igualmente inmovilicé sus piernas, mientras Lizza jadeaba, con los cabellos desordenados y las mejillas cubiertas de arañazos.

—Me... me sorprendió cuando escuché el disparo,
Long-John.

Decidí asomarme a la puerta para ver qué ocurría, cuando, de

repente, saltó sobre mí como una gata. ¡Es... es una verdadera arpía!

—He tenido que matar a Paul McGrey, Lizza. Me estaba dando una soberana paliza y no quiso obedecerme cuando le ordené que permaneciese inmóvil.

—¿Paul McGrey?

—Sí, el hombre que estaba con esta... arpía, un tipo fuerte y peligroso. La policía averiguará su verdadera identidad. Y hará hablar a Jane Dupont.

—Tu maquillaje está muy deteriorado,
Long-John

—se había acercado a mí y sus finas manos acariciaban mis «desperfectos»—. Te pegó fuerte ese bestia.

—Yo continuo vivo y él... Bien, voy a buscar un teléfono. Avisaré al teniente Burley y a los de FBI.

Encontré el teléfono en el dormitorio rosa de la Dupont. Marqué en primer lugar el número que me había dado Mark Stevens y, poco después, escuchaba su voz:

—¿LeRoy? ¿Ha logrado averiguar algo importante?

—Usted mismo juzgará. Venga aprisa al lago Pontchartrain, hotel número 22. Tengo una sorpresa para usted: Jane Dupont viva y... casi desnuda.

A continuación, marqué el número de la estación de policía y no dije una palabra hasta lograr comunicarme con Burley en persona.

—¿En qué nuevo jaleo acaba de meterse, LeRoy? —preguntó con su clásico tono mordaz.

—En uno que está relacionado con el asesinato de Robert Barlow. Si le interesa, venga aprisa al hotel 22 de Portchartrain, antes de que Jean Lamaire se les anticipe y logre asesinarlos. Le preparo una sorpresa.

Pude escuchar nítidamente su característica exclamación antes de colgar.

Hay que reconocer que la sorpresa estuvo a punto de dármele el federal cuando abrí la puerta. Y a costa de mi propio pellejo.

Siempre había oído hablar de la velocidad con que disparan los federales, pero hasta aquel mismo instante no había tenido oportunidad de comprobarlo por mí mismo.

No había hecho más que clavar sus ojos en mí, cuando su mano

derecha se movió como un relámpago y apareció armada con una pistola.

—¡Atrás, Lamaire! —me amenazó con las mandíbulas tensas—. Un solo movimiento y le volaré la cabeza. ¿Qué ha hecho con LeRoy, asesino?

Me quedé más inmóvil que una estatua, creyendo que Stevens se había vuelto loco. Y comencé a reír a carcajadas al comprender que lo que había confundido al federal era mi extraña apariencia de fémina desmañada.

—¡Quieto! —gritó Stevens al ver que trataba de arrancarme de un tirón mi pelirroja y larga cabellera—. No caeré en ninguna de sus argucias, Lamaire, aunque se disfrace de Cleopatra.

—Tranquilícese, Mark. Soy yo,

Long-John.

Arranquen la peluca y se convencerá —pude explicar, aunque mis labios se negaban a pronunciar, ante la amenaza de la pistola.

—Bien, vuélvase de espaldas contra la pared. Recuerde que me bastará una décima de segundo para enviarle al infierno.

Le obedecí y sentí cómo me arrancaba la peluca de un zarpazo.

—Vuélvase.

Me miró fijamente, sin acabar de convencerse del todo. Por suerte, Lizza apareció en ese momento en la puerta de la cocina y preguntó:

—¿Ocurre algo,

Long-John?

—Es Mark Stevens, del FBI, Lizza. Ella es Lizza Barlow, la hermana de Bob.

Stevens expulsó el aire que contenían sus pulmones y guardó la pistola.

—¡Caray,

Long-John!

Me dio un susto de muerte con esa facha. ¿Qué significa ese disfraz?

Le conté el incidente de la explosión del coche de Ted, la visita de Lamaire y la posterior escaramuza con los pandilleros de Chapman.

—Comprendí que no duraría mucho si no trataba de alterar mi aspecto, Mark. Venga conmigo, Jane Dupont está en la cocina.

Había recuperado el conocimiento y nos miraba con el mismo

afecto que puede hacerlo una serpiente de cascabel.

—Es un agente federal, Jane. Será mejor que empieces a hablar enseguida o no te auguro un porvenir color de rosa precisamente.

Me dirigió un escupitajo que no me acertó porque supe apartarme a tiempo. Y comenzó a despotricar indecencias que hacían daño a los oídos, cuando Mark Stevens le colocó unas brillantes pulseras de acero.

El teniente Burley llegó dos minutos más tarde echando los bofes. Sus primeras órdenes iban encaminadas a rodear el hotel por los ocho policías que le acompañaban.

—¿Quién es este mamarracho que tengo delante? —Fue lo primero que preguntó Burley, dirigiéndose a Stevens, en cuanto pasó al interior y clavó su mirada en mí—. ¿Dónde está LeRoy?

—Lo tiene delante, teniente, aunque le cueste creerlo —expliqué, inclinándome en burda reverencia.

Se quedó sin habla más de un minuto. Cuando empezó a hablar lo hizo tan atropelladamente, que apenas pude entender algo que sonaba así como «medidas contra usted», «proceso por ultraje a la autoridad» y algunas cosas que la decencia me obliga a silenciar.

—Voy a hacerme cargo de esa mujer, Jane Dupont, teniente —dijo Mark Stevens—. La pondremos a su disposición cuando hayamos terminado con ella.

Burley torció el gesto con disgusto, pero hubo de acceder. Salió de la cocina dando un portazo y, desde dentro, le oí dar órdenes a sus agentes.

Lizza buscó una gabardina para la Dupont y, poco después abandonábamos el hotelito.

A la salida me tropecé con el agente Carpenter, que vigilaba la puerta, metralleta en mano, mientras dos policías sacaban el cadáver de McGrey.

—Hola, LeRoy. Caray, veo que siente afición por las mascaradas.

—Muy gracioso, Carpenter. Pero aún continuó respirando, a pesar de que usted me vaticinó una muerte próxima.

—No desespere, muchacho —dijo con su eterna voz afónica—. Si sigue metiéndose en líos como éste, conseguirá que le den una plaza perpetua en el cementerio. Mi ofrecimiento sigue en pie, LeRoy. Iré personalmente a colocar una corona de gladiolos morados sobre su tumba.

Aquello me sonó extrañamente familiar, pero en aquel instante sólo me preocupaba contestar a Carpenter como se merecía.

—Carpenter —llamó Burley en aquel momento—. Hágase cargo de la custodia de esa mujer hasta la central del FBI. Tengan cuidado, es peligrosa.

Stevens se detuvo un momento junto a mí, seguido de Lizza.

—Gracias,

Long-John.

Su ayuda ha sido muy eficaz. Hemos de descubrir a Lamaire urgentemente, quizá esa mujer quiera decirnos algo. En Cabo Kennedy se ha declarado el estado de alarma: alguien ha vuelto a alterar el sistema del descenso del *Leur* «Intrepid». El inspector Wiram marchó hoy a Florida con objeto de realizar una investigación de emergencia.

Me impresioné por el significado de aquellas palabras, recordando súbitamente que aquel día era once de noviembre y la fecha de lanzamiento estaba prevista para el catorce.

Callé, abrumado por el peso de las noticias que acababa de darme a conocer el federal. Lizza llegó silenciosamente junto a mí y me cogió la mano izquierda, cariñosamente.

—Llámeme si necesita algo de mi Mark. No pienso volver a mi oficina esta noche. Puede llamarme al domicilio de la señorita Barlow.

Volvió a darme las gracias con una palmada en la espalda y se separó de nosotros, en dirección al coche en que había venido.

La escolta de motoristas se puso en marcha y Lizza y yo volvimos al «Lincoln» robado.

—Creo que no he procedido correctamente, Lizza. Di tu domicilio a Mark Stevens, cuando todavía no sé dónde dormiré esta noche.

—¡Qué tonto eres,

Long-John!

En mi apartamento, naturalmente —fue la sorprendente respuesta.

La verdad es que después de la paliza de McGrey, que se sumaba a los desgraciados percances sufridos aquel día, me encontraba molido y al borde de mi resistencia.

Lizza se puso al volante y durante el camino me adormilé. Desperté bruscamente, como consecuencia del frenazo con que

Lizza detuvo el automóvil ante su domicilio.

Subimos. Lizza preparó en veinte minutos una cena sustanciosa y dispuso la mesa enseguida.

Por mi parte me había librado ya del maquillaje y de mis femeninas prendas, cambiándolas por las mías propias.

Cuando terminamos de cenar, Lizza abrió una botella de coñac y me ofreció una copa.

Bebimos en silencio. Y de pronto le dije aquello:

—Lizza, ¿nunca te he dicho que eres la criatura más adorable que he visto en mi vida?

Se ruborizó deliciosamente y contestó:

—No, pero suena encantadoramente,

Long-John.

Me gusta. Continúa...

Me acerqué a ella y murmuré muchas cosas a su oído. Hasta que se durmió entre mis brazos.

La tomé suavemente y me puse en pie, dirigiéndome al cercano dormitorio.

Fue entonces cuando comprobé que no había sino una sola cama en toda la casa.

Y yo no tenía la intención de pasar la noche sobre un sofá.

Dejé a Lizza sobre la cama y entonces abrió los ojos. Como una gatita rodeó mi cuello con sus brazos y me besó.

CAPÍTULO XVII

A la mañana siguiente, Lizza me despertó con una noticia:

—Mark Stevens está al teléfono, cariño. Dice que tiene que comunicarte algo grave, ocurrido anoche.

Me vestí rápidamente y fui al *living*, donde Lizza me tendió el auricular, expectante.

—¿Stevens? Puede hablar, soy
Long-John.

—Escuche, esta madrugada ha ocurrido algo que da al traste con nuestras esperanzas, Jane Dupont ha muerto Asesinada.

Lizza estaba escuchando junto a mí y se estremeció de espanto ante la noticia. Por mi parte, ya había logrado acostumbrarme a aquellas sorpresas.

Me intrigaba el suceso en sí y se lo dije a Mark:

—¿Asesinada? No comprendo cómo pudo ocurrir.

—Eso mismo me sucede a mí,

Long-John.

Le contaré cuánto sé.

Según Stevens, Jane Dupont había sido conducida a la Oficina Federal de Investigación.

—La interrogué durante más de tres horas, auxiliado por otros dos agentes de la sección. Inútilmente, porque esa mujer era astuta y habilidosa y se negó tenazmente a declarar una sola palabra. A las cuatro de la madrugada...

Stevens había entregado la mujer al agente Carpenter y otros dos hombres, que habrían de conducirla a la estación de policía.

—Burley me llamó hace una hora para darme la noticia. Según el informe del agente Carpenter, Jane Dupont se arrojó bruscamente sobre la portezuela y logró abrirla, estrellándose sobre el asfalto cuando el coche policíaco rodaba a más de ochenta millas por hora. Murió instantáneamente. Acabo de ver su cadáver en la Morgue: su

rostro está completamente desfigurado.

Algo no acababa de encajar en mi cerebro en relación con aquel suceso. Sin darme cuenta me puse a pensar en que, curiosamente, Carpenter siempre había aparecido en las inmediaciones de los lugares donde se habían producido atentados contra mí, y, últimamente, contra Jane Dupont.

¿Coincidencia? Carpenter apareció un momento después de que el coche de Ted Mannery estallara ante el restaurante de Giorgio Aureli, me detuvo ante mi propio domicilio cuando los «gavilanes» de Chapman silenciaron para siempre a Buddy, estaba presente cuando Jane fue detenida y, finalmente, viajaba solo en el asiento trasero del coche-patrulla cuando la Dupont se arrojó fuera del coche.

Lizza ahuyentó mi razonamiento con su intervención:

—Estoy pensando... ¿No sería conveniente hablarle a Stevens de la visita que Jane hizo al cementerio?

Era una buena idea y no tuve más remedio que poner al federal al corriente de aquella circunstancia.

—Una visita al cementerio... Voy a comprobar eso, Long-John.

Si quiere acompañarme, le esperaré durante unos minutos a la entrada del St. Louis Cemetery.

Lizza se empeñó en acompañarme y no pude disuadirla. Bajamos y nos dirigimos al «Alpha-Romeo» de Lizza, estacionado una docena de yardas más allá.

Pero volví sobre mis pasos después de explicarle mi idea a Lizza: temía que si los «gavilanes» de Ron Chapman veían el «Lincoln» dedujeran lógicamente que John LeRoy no debía andar muy lejos.

Esperé a que Lizza arrancara y la seguí al volante del «Lincoln». Entrábamos en Winnepa Boulevard cuando oí el tableteo de una ráfaga de ametralladora tras de mí; Inmediatamente después del sonido de los impactos sobre las planchas del automóvil que conducía me demostró claramente que estaban disparando sobre mí.

«Mucho madrugan los pistoleros», fue el primer pensamiento que acudió a mi mente. Y por el espejo retrovisor pude ver que me seguía un viejo «Ford» pintado de negro.

Aceleré la marcha y frené en seco ante la primera desviación

útil, torciendo el volante a manotazos.

Me regocijaba ya, deduciendo que mi maniobra había surtido su efecto, cuando una nueva ráfaga me obligó a esconderme tras el volante. Las lunas del «Lincoln» se desmenuzaron en pedacitos.

Apenas podía ver la calle y temí que iba a estrellarme de un momento a otro.

Los asesinos que viajaban en el «Ford» debieron adivinar mis pensamientos y quisieron darme gusto, porque una nueva ráfaga hizo estallar el neumático delantero.

Todo ocurrió tan rápidamente que apenas recuerdo lo sucedido. El caso es que el «Lincoln» se desvió velozmente hacia la izquierda y terminó chocando con un poste de aparcamiento automático, arrancándolo de cuajo.

El encontronazo fue tan violento que creí que todos los huesos de mi esqueleto se desarticulaban. A punto de perder el sentido, me inclinó sobre el asiento.

Aquello me salvó la vida, porque mis perseguidores rociaron el automóvil con una granizada de balas como despedida.

El sonido estridente de una sirena me animó a arriesgarme fuera.

Algún proyectil debía haber perforado el tanque de gasolina, porque una llamarada se alzó inmediatamente, reventando el capot.

Un coche-patrulla acababa de frenar muy cerca, mientras los curiosos se detenían, mirándome con insistencia.

—Caray, LeRoy, está batiendo todo un récord de accidentes — escuché que comentaba sarcásticamente el agente Carpenter, que acababa de apearse del vehículo patrullero.

Le miré de arriba abajo, despectivamente, sin contestarle.

—Está bien, ¿qué ha ocurrido? —preguntó adoptando un tono oficial.

Se lo conté, mientras contemplaba cómo el «Lincoln» ardía por los cuatro costados. Me llamó la atención la costosa sortija que lucía el policía.

—Creo que en su automóvil debe haber un extintor, ¿eh, Carpenter? —insinué de malhumor—. Creo que eso forma parte de su obligación como policía.

Gruñó algo sobre los estúpidos que andan por ahí dando trabajo a los honrados agentes de policía, pero se alejó hacia el coche patrulla y regresó con un extintor que puso en funcionamiento,

dirigiéndolo a las llamas.

Justamente un segundo después, el «Alpha-Romeo» de Lizza frenó a unas yardas de distancia. Corrí cuanto pude y pedí a Lizza que acelerara al máximo, en cuanto me hube acomodado a su lado.

—¡Dios mío,

Long-John!

Vivir a tu lado es algo alucinante, a propósito para sufrir un colapso cardíaco. No sabes el mal rato que he pasado, temiendo que te hubieras..., bueno, es preferible no hablar de eso.

La acaricié emocionado, mientras ella se afanaba en eludir los vehículos que circulaban en sentido contrario.

Cumpliendo con su palabra, Mark Stevens aguardaba dentro de su coche a la entrada del cementerio.

—Disculpe el retraso, Mark. He sufrido un pequeño accidente mientras me dirigía aquí.

Lizza se lo contó todo en breves palabras. Cuando terminó, el federal me miró de arriba abajo, sin disimular su admiración.

—Creo que de ahora en adelante tendré que llamarle John *Siete Vidas*, en lugar de Long-John.

—Exagera, Mark —protesté humildemente—. Solamente han intentado asesinarme cinco veces.

Sonrió y nos dirigimos a la entrada del cementerio, «Tire de la cadena si desea hablar con el sepulturero», decía un cartelito. Y tiré varias veces, insistentemente.

Tuvimos que esperar más de dos minutos. Al fin, un hombre de unos cincuenta años, de aspecto macilento y triste se acercó a la verja, con una disculpa a flor de labios.

—Lo siento, perdonen que no haya acudido inmediatamente. Mi esposa se encuentra en la cama, enferma, y tengo que atenderla yo mismo.

Nos franqueó la verja y nos dejó pasar al otro lado.

—¿Quieren visitar el cementerio? Veinte centavos, los días laborables —dijo, extrayendo del bolsillo un taco de boletos.

—Olvide eso —dijo Stevens y exhibió su placa ante las narices del sepulturero—. Soy el agente Stevens de la Oficina Federal de Investigación y he de interrogarle. Para empezar, dígame su nombre.

El hombre palideció tanto que sus arrugadas mejillas semejaban pergaminos. Retrocedió un par de pasos, con el espanto reflejado en su cara.

El tipo tenía algo que ocultar, estaba claro. Y Stevens, adivinándolo, le acosó sin permitirle rehacerse.

—Dígallo todo enseguida. ¡Vamos, conteste!

Me dio lástima aquel hombre delgado y enfermizo, cuyas manos temblaban inseguras, mientras intentaban balbucear unas palabras.

—Me..., me llamo Steve Jones... ¡Te... tenía que suceder algún día...! Estaba seguro de que algún día la policía me interrogaría... Pero necesitaba el dinero, compréndanlo. Mi esposa está muy enferma, necesitaba medicinas, cuidados...

Se derrumbó totalmente cuando el federal le amenazó con prenderle en el acto si ocultaba el menor dato. Y habló deprisa, sin interrupción:

—Me daba miedo ese hombre, Brown. Un hombre no puede dormir en un panteón subterráneo si no es un criminal. Pero me puso en la mano un fajo de billetes y me dijo que sólo quería realizar una experiencia. Dijo que había apostado con varios amigos que era capaz de vivir durante un mes en un sepulcro. Me habló de miles de dólares apostados y no quise pensar nada más. Una señorita vendría cada día para comprobar que Brown continuaba en el panteón, haciendo vida normal allá abajo, en la tumba de los Hamilton.

—Jane Dupont, está claro —dije a Stevens, que asintió sin palabras.

—Escuche, Jones. Ese hombre, Brown, ¿está ahora en el panteón de los Hamilton?

—No... no, señor. Me dijo que su apuesta sólo le obligaba a dormir ahí abajo. Salía durante el día, a menudo. Incluso alguna noche saltó la tapia al encontrarse con la verja cerrada. No me gustaba ese individuo y procuraba no encontrarme con él. En realidad, salía y entraba cuando le venía en gana.

La revelación del sepulturero era tan sorprendente que nadie le hubiera dado crédito. Por mi parte, estaba seguro de que Brown no era otro que el mismo Jean Lamaire en persona, que había utilizado el cementerio como escondite. ¿Qué lugar más seguro que un panteón, para un hombre al que buscaban centenares de policías?

—Vamos a ver ese panteón, Jones. ¿Está seguro de que ese hombre no se encuentra abajo? —preguntó Stevens, sacando su pistola de reglamento.

—Lo..., lo vi salir esta mañana, señor Stevens. ¡Se lo juro!

Nos guió hasta el artístico mausoleo de mármol en el que yacían los Hamilton, una familia ilustre de marinos y guerreros. Lizza se quedó arriba, y Mark y yo bajamos los peldaños de la escalera, pistola en mano.

La verja de cristales estaba encajada simplemente. Nada más entrar noté un hedor repugnante en el ambiente.

Miré el pequeño oratorio situado al fondo, el camastro sobre las losas, los nichos de los muros laterales... Uno de ellos había sido removido, sin duda, ya que la lápida funeraria estaba inclinada, sobrepuesta.

—Brown ha violado una tumba, Jones. Retire esa lápida, quiero ver lo que hay dentro —ordenó Stevens enérgicamente.

Un cadáver había sido introducido en el nicho. El hedor aumentó de intensidad cuando Jones depositó el corrompido cuerpo sobre las losas. Stevens miró con interés su rostro y se retiró de un respingo; murmurando:

—¡No puede ser, es imposible...! Y, sin embargo, apostarí que este hombre se parece a Carpenter como una gota de agua a otra.

Tuve que ponerme un pañuelo en la nariz para poder acercarme. Me retiré enseguida y dije lentamente:

—Es el auténtico Carpenter, Mark. Jean Lamaire le asesinó para poder usurpar su personalidad. Con ello lograba una información de primerísima mano, importante para el éxito de la operación que le habían encargado: hacer fracasar la misión del *Apolo-XII*. El asesinó a la Dupont, temiendo que le delatara.

Me miró, incrédulo. Pero el hecho de haber visto la noche anterior al falso Carpenter en varias ocasiones y mis posteriores observaciones, le convencieron enseguida.

—Tiene razón,

Long-John.

Y si no apareció cerca de usted cuando Lamaire le visitó en su oficina, era porque Carpenter y Lamaire eran una misma persona. Es urgente detener a ese hombre, antes de que la misión *Apolo-XII* fracase rotundamente.

Íbamos a salir del panteón cuando se produjo un leve rumor en la escalera.

Y Carpenter-Lamaire apareció en el angosto hueco empuñando una metralleta.

—¡Quietos los dos! Vamos, dejen caer esas armas, de nada les servirían.

Avanzó unos pasos, cubriéndonos con la metralleta. Vestía aún el uniforme de policía, lo que me hizo comprender que se había dado prisa en seguir el «Alpha-Romeo». Palidecí, estoy seguro, al pensar en Lizza. ¿Muerta, asesinada...?

—Al fondo los tres. Será una bonita ejecución, al pie de las tumbas. Porque pienso enterrarles a los tres aquí mismo. Igual que al estúpido Ed Carpenter, de la policía de Nueva Orleáns.

Obedecemos. Jones temblaba tanto que temí que sufriera un infarto de miocardio.

Había llegado nuestra hora. Por mi parte, había corrido mucho durante aquellos tres días, esquivando peligros sin cuento, realizando un verdadero maratón.

Y no me disgustaba morir junto a Mark Stevens, aquel muchacho cordial y noble que me había ayudado mucho.

—Tipo listo, LeRoy. Sé que comenzó a sospechar de mi pronto: la voz nasal, la misma oferta de gladiolos morados... Reconozco que cometí algunos errores. Pero pienso subsanarlos ahora mismo. Usted primero, LeRoy. Ahora sabe que no me importó desprenderme de mi propia compañera, Jane Dupont.

Me encañonaba directamente, y su dedo índice se plegaba ya sobre el disparador. Iba a morir irremisiblemente. Y alcé una mano, gritando imperiosamente:

—¡Espere, Lamaire! Cometió más errores, demasiados. Llevaba una sortija con un trébol en rubíes cuando me visitó en la oficina, y lo llevaba hace un momento también. Pero aún ha cometido algunos fallos de bulto.

—Ande, LeRoy, dígamelo antes de morir. Le concedo ese privilegio.

Fui a hablar y en ese momento apareció Lizza detrás de Lamaire. Llevaba la pistola en la mano, y su carita estaba contraída de terror.

Tenía que distraer a Lamaire y me puse a hablar como una cotorra.

—Intentó hacer creer al FBI en su muerte, a través de la farsa en la que Bob Barlow fue la víctima real. Pero su jugada fracasó, porque Bob no llegó a entrevistarse con el teniente Burley. Sé que Jane logró que Bob le hablara de su trabajo en la NASA y el nombre de la persona que podría alterar diversos sistemas del *Lem*, ¿me equivoco? Pensaba que todo había salido a la medida de sus planes y, sin embargo, cometió otro error: ignorar que Bob tenía una hermana.

Fue entonces cuando Lamaire debió escuchar algún rumor sospechoso. Se volvió como una centella hacia la escalera y... la bala que Lizza acababa de disparar le perforó el cerebro. Un chorro de balas se escapó de la metralleta, pulverizando los relieves de mármol. Luego, Jean Lamaire quedó inmóvil. La careta que imitaba las facciones de Carpenter se desprendió de su cara.

Era bastante para los nervios de Lizza, que empezó a sollozar con la pistola colgando de la mano. La tomé por los hombros y la hice salir de allí.

Lentamente caminamos hasta el «Alpha-Romeo» estacionado a la salida. Y entonces me acordé de que todavía tenía en el bolsillo el cheque que había extendido Bob Barlow. Lo saqué y lo ofrecí a Lizza.

—Como recuerdo, cariño. Fue lo último que escribió tu hermano.

La besé dentro del coche. Sus labios estaban fríos, yertos, pero pronto entraron en reacción y una sonrisa animó sus facciones.

—Escucha, Lizza. Saqué a Lamaire cinco mil dólares y no pienso decirlo a nadie más que a ti. Creo que con esa cantidad podríamos casarnos y comenzar nuestra vida juntos.

—¡Oh, John! —Era la primera vez que me llamaba así—. ¡Juntos, siempre juntos, tú y yo!

Arranqué y dejamos atrás el St. Louis Cementery. Afortunadamente, Lamaire ocuparía la plaza que me había ofrecido. Y yo tendría la humorada de enviarle gladiolos morados. La última ofrenda a un sádico asesino.

El día trece de noviembre me telefoneó Mark Stevens, eternamente cordial:

—Wiran ha detenido a Vic Quayle, antiguo ayudante de Bob Barlow, acusado de sabotaje. Dentro de la tumba del auténtico

Carpenter encontré algunos documentos interesantes, altamente comprometedores para varias personas. Entre ellas, el «ciudadano» Ron Chapman: se suicidó cuando varios agentes trataron de detenerle. La misión «Apolo-12» comenzará el día catorce, como estaba previsto..., gracias a usted,

Long-John.

No vuelva a mirarme a la cara si no logro la cruz de Servicios Distinguidos para usted.

No seguí escuchando, porque Lizza me besaba en la oreja, dándome mordisquitos. Y *Lizza* era más importante que cualquier medalla.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Cochino, *en francés*. (N. del E.). < <

[2] Attorney at law: *abogado, licenciado en Derecho* < <

[3] *Alusión a un célebre barrio de Chicago, sede del gansterismo en aquella ciudad. En Cicero ocurrieron numerosas refriegas sangrientas. < <*